

BRETÓN DE LOS HERREROS, MANUEL (1792-1873)

DON FERNANDO EL EMPLAZADO

(Dama histórico en cinco actos)

PERSONAJES

DON FERNANDO IV, rey de Castilla.
PELÁEZ.

EL INFANTE DON PEDRO.
FORTÚN.
EL INFANTE DON JUAN.
ROBLEDO.
DOÑA SANCHA.
RUPÉREZ.
DON GONZALO CARVAJAL.
EL MÉDICO.
DON JUAN CARVAJAL.
EL MERINO MAYOR.
DON PEDRO CARVAJAL.
DON MENDO.
DON JUAN ALFONSO BENAVIDES.
UN CARCELERO.
DON JUAN FERNÁNDEZ DE LEIVA.
EL VERDUGO.
DON PEDRO DÍAZ DE CASTAÑEDA.
ALGUACILES.
DON HERNÁN RODRÍGUEZ DE CASTRO.
SOLDADOS.
PUEBLO.

La acción pasa en Martos y en Jaén. Año de 1312.

ACTO I

Salón del palacio del REY en Martos

Escena I

DON PEDRO CARVAJAL. BENAVIDES.

BENAVIDES

Don Pedro, será mejor
que olvidéis a doña Sancha.

PEDRO CARVAJAL

Soy hijodalgo y sin mancha.
¿Por qué negarla a mi amor?
Tal desaire no esperaba
quien ofensa no os ha hecho,
don Juan, y adorna su pecho
con la cruz de Calatrava.

BENAVIDES

Cruces, don Pedro, se dan
menos que a rancia nobleza
al ruego de la pobreza.

PEDRO CARVAJAL

O al valor de un capitán.
Del mío da testimonio
el agareno andaluz.

BENAVIDES

Harto es llevar una cruz
sin la cruz del matrimonio.
¿Qué es un miserable feudo
en tres hermanos partido
para haberos atrevido
al honor de ser mi deudo?
Muchas victoriosas lides
han de daros fama y medro
antes de alzaros, don Pedro,
al solar de Benavides.

PEDRO CARVAJAL

Cuando la Reina María,
digna de eternos loores,
puso fin a los rencores
de vuestra casa y la mía,
el último Carvajal
en valía os superaba;
mas cuando paz os juraba
no perjuró desleal.

Riquezas, que no ambiciono,
yo que a la patria las di,
¿cómo despiertan así
de vuestro pecho el encono?
Ni vuestra soberbia es ley,
ni mi demanda es delito
porque seáis favorito...
del favorito de un rey.

BENAVIDES

No es favor su confianza;
que el lustre no se mancilla
de un infante de Castilla
por darme a mí su privanza.

PEDRO CARVAJAL

Cierto. De él nada dirán
porque os proteja constante;
de vos sí, que aunque es infante...,
es el infante don Juan.

BENAVIDES

Si una lengua maldiciente
sus blasones...

PEDRO CARVAJAL

¡Oh cuán bellos!
No hayáis miedo de que en ellos
la envidia clave su diente.
Contarlos puede el califa
de quien fue siervo villano;
y si calla el africano,
hable el puñal de Tarifa.
Mas juzgue al Infante Dios,
que aquí es su nombre excusado,
y me mueve otro cuidado,
don Juan, a tratar con vos.
Deponed el odio insano,
que no os pretende agraviar
quien os viene a saludar
con el título de hermano.
Por mis hechos y mi cuna
Fernando me da soldada.
Si es corta, tengo una espada
para acrecer mi fortuna.
Si en tierna solicitud

pido a Sancha mi ventura,
la espero de su hermosura
y la fundo en su virtud.
Cuál sea su dote ignoro,
que avaro no fui jamás,
ni Sancha valiera más
aunque la pesaseis de oro.
Ni que ella averigüe creo
antes del amante nudo
los cuarteles de mi escudo
o las villas que poseo.

BENAVIDES

¿La habláis?

PEDRO CARVAJAL

Sí, mas vuestra queja,
don Juan, sería infundada,
yo caballero, ella honrada,
y entre los dos una reja.

BENAVIDES

¿Qué escucho! Mujer liviana...

PEDRO CARVAJAL

Tened la lengua por Dios.
Ved que os injuriáis a vos
injuriando a vuestra hermana.

BENAVIDES

Y ella ¿os ama? ¿Y para esposo
admite...

PEDRO CARVAJAL

A vos no viniera
si primero no me diera
su labio el sí venturoso.
Don Juan, quien de veras ama
y en algo precia su honor,
sólo le pide al amor
el corazón de una dama.

BENAVIDES

Del amor el desvarío
quede a mujeres sin nombre,
mas la hermana de un rico-hombre

no ha de tener albedrío.
Al lustre se debe toda
del linaje en que ha nacido;
no elige, acepta marido,
y ama... después de la boda

PEDRO CARVAJAL
Esa práctica es locura,
y el que iluso la defiende,
cuanto más guardarla entiende
tanto más su honra aventura;
que el cielo a todas no dio
las virtudes que atesora
la incomparable señora
que mi pecho cautivó.
Mano que avara o cruel
los fueros del alma huella
tal vez la casta doncella
convierte en esposa infiel.

BENAVIDES
Excusemos más razones,
que si al ruego no cedí,
menos lograrán de mí
temerarias reflexiones.

PEDRO CARVAJAL
Firme y puro es nuestro amor,
no pasajero capricho,
y ese tirano entredicho
más avivará su ardor.

BENAVIDES
Cesarán los devaneos
de Sancha, y si no se humilla,
conventos hay en Castilla
que curen torpes deseos.

PEDRO CARVAJAL
¡Benavides!... Vive Dios
que no hay sufrimiento ya...

BENAVIDES
Paso, que también habrá
calabozos para vos.

PEDRO CARVAJAL

¡Para mí! Ciño una espada,
y antes que tan vil intento...
Mucho os desvanece el viento
de esa corte depravada.
Vuestra amenaza es quimera,
que el Rey no ha de ser injusto
conmigo por daros gusto,
ni un Carvajal lo sufriera;
y aunque es mi fortuna ingrata,
hermanos tengo, don Juan,
que mi sangre vengarán
si aleve hierro me mata.
Cien lanzas mantiene fiel
Gonzalo, que es el mayor;
el otro es comendador
de Martos, que adora en él.
Mirad, don Juan... Mas ¿qué digo?
Vos seréis cuerdo mañana
y otorgaréis a la hermana
lo que negáis al amigo.
Vos no querréis inhumano
provocar con furia loca
al maldición de su boca,
la venganza de mi mano.
Amor, que es ya frenesí,
la rinde mi corazón,
y con la misma pasión
el suyo late por mí.
A entrambos guía una estrella;
mi herida fuera su herida;
que no queremos la vida
ella sin mí, y yo sin ella.

BENAVIDES

¡Raro amor! ¡Tanto interés...!

PEDRO CARVAJAL

Vuestro es también.

BENAVIDES

¡Cómo!...

PEDRO CARVAJAL

Adiós.

O el altar para los dos...,

o tumba para los tres.

Escena II

BENAVIDES.

¡Por Dios que me han irritado
sus fieros! Mas yo le excuso.
No hay amante venturoso
que no desafíe al mundo.
No a él; sólo a ti, liviana
mujer aleve, te culpo.
Yo te haré lanzar del pecho
el amor que te sedujo,
o antes que el ara nupcial
verás abierto el sepulcro.
El Rey.

Escena III

BENAVIDES. EL REY. DON JUAN, CASTAÑEDA, CORTESANOS.

(El REY viene hablando con DON JUAN sin reparar en BENAVIDES, con el cual se reúnen y hablan los demás cortesanos.)

REY

¡Hermosa mujer,
aunque altiva hasta lo sumo!
¡No abrir a su Rey la puerta!
No sé, tío, cómo sufro
tal ultraje.

JUAN

Doña Sancha
estaba sola, y el vulgo
malicioso...

REY

Por ventura
¿es mi visita un insulto?

JUAN

Sois casado.

REY

Soy monarca.

JUAN

No obstante su ceño adusto,
es grato a altiva hermosura
que se sujete a su yugo
todo un Rey. Acaso teme
a su hermano...

REY

No presumo
que le estuviera tan mal
a ese necio linajudo
que su esquiva hermana fuese
dama de un príncipe augusto.

JUAN

Señor, al tiempo y las dádivas
encomendad vuestro triunfo.

REY

¡Oh! Si ella cede a mis ruegos,
poco le valdrán sus humos
al señor don Juan Alfonso
Benavides. Yo le juro...

JUAN

Mirad no os oiga. Está allí.

REY

(Reuniéndose a los cortesanos.)
Caballeros, os saludo.

BENAVIDES

Guarde Dios a Vuestra Alteza.

REY

Buenas nuevas os anuncio.
Don Pedro, mi noble hermano,
estrecha el cerco a los muros
de Alcaudete, y presto en ellos
se alzaré mi real escudo.
Don Garcilopez, maestre
de Calatrava, redujo
a Cártama, y victorioso

sigue al arráez perjuro
de Málaga, que rehúsa
dar el pactado tributo.

BENAVIDES

Buen soldado es el Maestro.
¿Cómo no siguen su rumbo
los Carvajales?

REY

De Martos
es comendador el uno,
y está a su cargo el convento
hasta que al prior difunto
se reemplace.

BENAVIDES

Mas el otro...

REY

Amor de hermano le trujo,
y negarle por seis días
licencia no fuera justo,
pues ya se la dio el Maestro.

BENAVIDES

En buen hora, pero es mucho
que de tan bravo guerrero
descanse el brazo robusto
cuando pudiera en servicio
de Vuestra Alteza...

REY

No dudo
de su valor y lealtad.
En los pasados disturbios
siempre partieron conmigo
la dicha y el infortunio
los Carvajales.

BENAVIDES

Señor,
si he de decir lo que juzgo,
su afecto es a vuestra madre
más que a vos. No los acuso,
pero...

REY
Hablad.

BENAVIDES
Cuando dejarla
en Valladolid os plugo
quedó con ella Gonzalo,

REY
que es su valido.
Muy duro
fuera yo si, aun desterrada,
no le consintiera el gusto
de quejarse y murmurar
con algún criado suyo.

BENAVIDES
Creed, señor, que mi celo...

REY
Decid más bien que iracundo
habla por vos el rencor
mal apagado, aunque oculto.
Yo no soy amigo de ellos,
porque mi imperio absoluto
tal vez severos reprenden,
y me molesta su orgullo.
Si en efecto son traidores
sus cuellos daré al verdugo,
mas de pasiones ajenas
no ha de regirme el impulso.

JUAN
(Soberbio mozo, en las tuyas
toda mi esperanza fundo.)

Escena IV

EL REY. DON JUAN. BENAVIDES. CASTAÑEDA. CASTRO. CORTESANOS.

CASTRO
Vuestra licencia, Señor,
para hablaros pide un nuncio
de la Reina vuestra madre.

REY
(¡Tanto mensaje importuno!...)
Llegue. ¿Quién es?

CASTRO
Don Gonzalo
Carvajal.

Escena V

EL REY. DON JUAN. BENAVIDES. CASTAÑEDA. CASTRO. DON GONZALO
CARVAJAL. CORTESANOS.

GONZALO CARVAJAL
Vuestros augustos
pies...

REY
Levantad.

GONZALO CARVAJAL
Esta carta...

REY
Mostrad.

GONZALO CARVAJAL
(¡Con rostro sañudo
la recibe cual si fuese
del mayor contrario suyo!)

REY
(Ha leído la carta.)
¡Extraña obstinación la de mi madre!
¿Tan mal se halla en la corte de Castilla?
¿A qué seguir mis bélicos pendones
arrostrando peligros y fatigas?
Allá los pueblos que mi herencia fueron
con blando imperio su prudencia rija
en tanto que mis huestes vencedoras
aquí del moro la arrogancia humillan.
Allá pueden dar fruto sus virtudes;
aquí es ocioso el brazo que no lidia.
Mal se avienen los yelmos y las tocas.

Basto yo a gobernar la Andalucía.

GONZALO CARVAJAL

Las agresoras armas depusieron
Portugal y Aragón. Francia enemiga
os reconoce Rey. El de la Cerda,
que arrojaros del solio pretendía,
ya a los tratados de Ágreda sumiso,
o más bien al rigor de su desdicha,
prefiere a un vano título caduco
la quieta posesión de algunas villas.
El hijo indigno de Fernando el Santo,
don Enrique, aquel monstruo de perfidia,
maldecido del cielo y de los hombres,
hunde ya en el sepulcro su ignominia.
En suelo extraño al turbulento Lara
consume la ambición, roe la envidia.
Ya en venturosa paz Castilla duerme,
y esa paz se la dio doña María.
Sagaz, prudente, valerosa reina
cual madre tierna y viuda sin mancilla,
triunfó de tres monarcas coligados,
y de alevoso acero parricida
cien veces os salvó huérfano débil.
Si una diadema en vuestra frente brilla,
bien que don Sancho os la legó muriendo,
de vuestra madre fue noble conquista.
Sólo este amor solícito de madre
mueve su afán de veros; no codicia
de vana autoridad. Ni os agraviara
si de madre a las plácidas caricias
añadiera sus pródidas lecciones;
que sois, ¡oh Rey! muy mozo todavía,
y aunque holló vuestra madre a los perversos
aún fermenta en el lodo su semilla.

REY

El tránsito es penoso y dilatado,
la estación rigorosa, ardiente el clima,
y exponer por un frívolo capricho
su preciosa salud...

JUAN

Cuando sumisa
al mandato real doña Constanza,
bien que esposa del Rey, vive tranquila

en Ávila, estrechando al casto pecho
el niño Alfonso en quien España cifra
su más dulce esperanza, bien pudiera
sufrir sin murmurar doña María
tan breve ausencia.

GONZALO CARVAJAL

El maternal afecto
tal vez consuela, Infante, a la afligida
esposa tierna; pero amar a un hijo,
no aspirar a otra gloria ni a otra dicha
que morir en sus brazos; y angustiada
tan lejos de él llorar, es cruda espina
que el corazón traspasa; y el inicuo
que aconseja la dura tiranía
de quebrantar los vínculos más santos
sangre de tigres en el seno abriga.
Mas ¿qué consejo que feroz no sea
puede dar el verdugo de Tarifa?

JUAN

¡Temerario!...

REY

Mirad que yo os escucho.
Enfrenad, Carvajal, vuestra osadía,
o si de heraldo traspasáis el fuero,
no os podrá libertar de mi justicia.
Perdonad a la lengua de un soldado
que no sabe con bajas cortesías
disfrazar la verdad; mas quien la tema,
no la provoque.

REY

(Aparte a DON JUAN.)

¿Oís? De vuestra vida
toda la historia lenguaraz contara
si yo no le atajase; y peregrina
fuera la narración, amado tío.

JUAN

Señor, ya mi lealtad...

REY

Me es conocida.
Confesadme, don Juan, que largos años

fuisteis muy pecador; mas de rodillas
me demandasteis gracia arrepentido,
y os di con ella la confianza mía.

JUAN

Mi gratitud sincera...

REY

(No la creo.)

Desde que apoyo en vos mi regia silla
límite a mis deseos no conozco
y entre placeres vaga embebecida
mi ardiente juventud. Sois buen ministro.
(Tú mi venganza llorarás un día.)

GONZALO CARVAJAL

¿No respondéis, señor, a mi demanda?

REY

¿Aún estáis vos aquí? Ved que me irrita
el necio porfiar. Mi augusta madre,
crédula o recelosa en demasía,
se queja sin razón. Altos motivos
a no atender su ruego me precisan.
Ejemplo de obediencia a mis vasallos
si me ama debe dar doña María.
Desista de su empeño. El hijo amante
por el público bien se lo suplica...
y se lo manda el Rey. ¿Es la corona
vano adorno en mis sienes? ¿O imagina
que debo yo en tutela perdurable
mis días consumir? Ya no vacila
mal segura mi planta; ya mi mano
el cetro empuña y el estoque vibra;
ya el desvalido infante es hombre adulto,
y sólo al cielo dobla la rodilla.

GONZALO CARVAJAL

Yo a vuestros pies la doblo suplicante
para romper el velo que os fascina.
¡Cuando la gloria de María excelsa
a vulnerar se atreve torpe envidia,
la abandonáis, señor, en su destierro!
No en vuestro corazón hallen cabida
la negra ingratitud y la soberbia
que a un abismo tal vez os precipitan.

Esa que vos lanzáis del seno esquivo
os albergó en el suyo; y la apellidan
numen celeste los leales pueblos
que a vuestro nombre oprimen y esclavizan
viles tiranos. ¡Por piedad!

REY

Infante,
oíd vos esa plática prolija.

Escena VI

D. JUAN. DON GONZALO CARVAJAL. BENAVIDES.

GONZALO CARVAJAL

(Levantándose airado.)

De cólera estoy sin mí.

¡A un rico-hombre de Castilla
tal afrenta, tal mancilla!...

Mas esto merece, sí,
quien a tiranos se humilla.

¡Oh Reina a quien sirvo fiel!,
sólo por tu amor sufriera

menosprecio tan cruel,
y otro que tu hijo no fuera
arrepintiérase de él!

¡El hijo de tus amores
sometido al yugo vil
de infames aduladores!

Ve aquí, mujer varonil,
el fruto de tus sudores.

¡Oh iniquidad! ¡Oh vileza!

Al ver, Castilla, tu suerte,
¿qué dijera Sancho el Fuerte
si hoy alzase la cabeza
desde el lecho de la muerte?

De tanta gloria ¿qué ha sido?
Ya no guardan los Guzmanes
tu dosel esclarecido.

¡Tu palacio es torpe nido
de traidores y rufianes!

JUAN

Mirad que al Rey represento.
Tened, Carvajal, la lengua,

que es sobrado atrevimiento...

GONZALO CARVAJAL

Probadme, don Juan, que miento
y mía será la mengua.
Probadme que al Rey defiende
y que leal puede ser
quien torpes lazos le tiende;
probadme que hoy no le vende
quien le destronala ayer.

JUAN

Respetad las intenciones.
Todo hombre tiene pasiones,
y sea el Rey bueno o malo,
ni ha menester mis lecciones...
ni yo las vuestras, Gonzalo.

BENAVIDES

Sin concederle licencia
de juzgar vuestra conciencia
le hacéis ya sobrada gracia,
y tanto como su audacia
me admira vuestra paciencia.

GONZALO CARVAJAL

Si por temor o por fuero
no venga don Juan su agravio
retadme vos, caballero,
y lo que afirma mi labio
sabr  mantener mi acero.

BENAVIDES

El mío os har ...

JUAN

Callad.
Bien que su ciego furor
ultraja a la Majestad,
es Gonzalo embajador;
su título respetad.
De vuelta a Valladolid
vos a la Reina decid
que la obediencia es su ley;
mas entre tanto advertid
que sois vasallo del Rey.

GONZALO CARVAJAL
Fuilo, y más leal que vos,
harto lo sabéis los dos;
mas ya no, que el desdichado
desde que sois su privado
está maldito de Dios.
Sírvale el triste pechero;
yo reclamo el libre fuero
que patrias leyes me dan,
y seguir la huella quiero
de Rodrigo y de Guzmán.
No sufren tamaño ultraje
los hombres de mi linaje.
A extraño reino me voy;
decídselo, y desde hoy
cesa mi pleito homenaje.

JUAN
Diréis a la Reina viuda...

GONZALO CARVAJAL
No. Vos hallaréis sin duda
otro a quien mejor le cuadre
con flecha herir tan aguda
el corazón de una madre.

JUAN
Pues ya en el número os cuento
de los Guzmanes y Cides,
el Rey sabrá vuestro intento.
Aquí esperad un momento.
Seguidme vos, Benavides.

Escena VII

DON GONZALO CARVAJAL.

DON GONZALO CARVAJAL
No, ya no es honra en Castilla
vestir el pesado arnés,
y con fatigas y sangre
comprar bélico laurel
para que un tirano impío
lo aje y lo pise después.

Hasta que alfombra a tus plantas
fuera esa turba rahez,
sólo a ti, doña María,
consagrara mi broquel;
mas tú que de tantos héroes,
bien que en mísera viudez,
eclipsaste la memoria
en el campo, en el dosel,
hasta afirmar la diadema
de un hijo ingrato en la sien,
hoy que eres sola infeliz,
sólo sabes ¡ser mujer!
¡Oh, dieras tú la señal,
y cien caudillos y cien...!
Mas ¿qué veo! ¡Mis hermanos!
¡Oh Juan! ¡Pedro mío!

Escena VIII

LOS TRES CARVAJALES.

(Se abrazan.)

JUAN CARVAJAL
¡Es él!

PEDRO CARVAJAL
¡Gonzalo!

JUAN CARVAJAL
¡Dichoso instante!
¿Es posible que te ven
mis ojos?

PEDRO CARVAJAL
No te esperaba.

GONZALO CARVAJAL
Como repentino fue
mi viaje...

JUAN CARVAJAL
Lo hemos sabido
por tu escudero Garcés,
que a la puerta del alcázar

guardando está tu corcel,
y afanosos de abrazarte...

GONZALO CARVAJAL
¡Será la postrera vez!

PEDRO CARVAJAL
¿Qué dices!

GONZALO CARVAJAL
Con fiero orgullo,
y de hijo hollando el deber,
el mensaje de María
oyó de mi boca el Rey.
Yo, que ni adulé jamás
ni a reyes pedí merced,
de hinojos, ¡mengua a mi nombre!
por su madre le rogué;
y la espalda me volvió
con insolente desdén;
¡y escarnio fui de juglares
entre el polvo de sus pies!

JUAN CARVAJAL
¡Eso hace el rey de Castilla
con quien le ha servido fiel!

PEDRO CARVAJAL
¡Y a tráfugas fementidos
abandona su poder!

GONZALO CARVAJAL
¡Oh! Si de justa venganza
no ahogara mi honor la sed,
yo al desenvuelto mancebo
le enseñara a ser cortés;
mas nunca fueron rebeldes
caballeros de mi prez.

JUAN CARVAJAL
¿Cuáles son pues tus intentos?

GONZALO CARVAJAL
Acogiéndome a la ley,
de su servicio me aparto
y de sus reinos también.

JUAN CARVAJAL
¡Gonzalo!

GONZALO CARVAJAL
¿No lo aprobáis?

JUAN CARVAJAL
Si es fuerza...

GONZALO CARVAJAL
¿Me seguiréis?
En Aragón, en Navarra,
en el suelo portugués,
donde quiera que el valor
y la constancia y la fe
se estimen algo, hallaremos
digna acogida los tres.

PEDRO CARVAJAL
Yo te siguiera, Gonzalo,
aunque en extraño bajel
cual otro Guzmán bogaras
a los desiertos de Fez;
mas invencible pasión
me encadena, y no podré...

GONZALO CARVAJAL
¡Amor!...

JUAN CARVAJAL
Sí, y amor funesto
que no ha de parar en bien.

GONZALO CARVAJAL
¿Indigno de ti?

PEDRO CARVAJAL
Eso no,
que es muy honesta mujer
doña Sancha Benavides.

GONZALO CARVAJAL
¡Ella, y con fiera altivez
contra mí su aleve hermano
mostró de su alma la hiel!

PEDRO CARVAJAL

Centella ha sido mi amor
que al soplo del interés
el odio, por mí olvidado,
hizo en su alma renacer;
pero este amor es mi vida,
y en mi corazón juré
alzar una ara de fuego
a doña Sancha; y a fuer
de caballero y soldado
mi promesa cumpliré.

GONZALO CARVAJAL

¡Infeliz! Lástima tengo
de tu flaqueza. ¿No ves
alzada ya contra ti
aleve daga cruel?

PEDRO CARVAJAL

No temas. Sancha me adora.
Si el yugo es fuerza romper
del fiero hermano..., la fuga...
Acaso te seguiré
pronto... ¿Adónde...?

GONZALO CARVAJAL

A Portugal.
Queda tú a velar por él,
amado Juan. Es muy mozo
y tu apoyo ha menester.
Profeso y comendador
de Calatrava, ya sé
que sin orden del Maestre
de tu regla la estrechez
te impide salir de Martos.

JUAN CARVAJAL

Al altar me consagré
y, guerrero sacerdote,
sólo contra el moro infiel
vibrar me es dado el acero
acaudillando mi grey,
gloria del Santo Raimundo,
noble rama del Cister.
A las humanas pasiones

mi pecho es férreo cancel;
ni sé temer, ni envidiar,
ni si en Castilla hay un Rey,
y a nadie llamo enemigo
si de Cristo no lo es.
Pues tu partida es forzosa,
favor el cielo te dé,
y él a todos nos alumbre
por el sendero del bien.

GONZALO CARVAJAL
Pues delincuentes no somos.
Dios velará por los tres.
Idos ahora. Si juntos
en el alcázar nos ven,
¿quién sabe si atroz calumnia...?
Aquí del que fue mi Rey
la respuesta aguardo.

PEDRO CARVAJAL
(Abrazándole.) ¡Adiós!

JUAN CARVAJAL
(Lo mismo.) Gonzalo mío, detén
la ira si asoma al labio,
pues indefenso te ves.

PEDRO CARVAJAL
No. Yo a su lado...

GONZALO CARVAJAL
Es inútil...
¿Quién sería osado, quién...?
¡Eh! no más...

PEDRO CARVAJAL
¡Gonzalo!

JUAN CARVAJAL
Hermano.

GONZALO CARVAJAL
Yo me sabré contener.
Adiós. Antes de partir
os abrazaré otra vez.

Escena IX

(Empieza a oscurecer.)

DON GONZALO CARVAJAL.
¡Pobres hermanos! Me han hecho
llorar como una mujer...
No por mí, que a torpe yugo
doblar el cuello no sé,
y donde libre respiro
mi patria está y mi placer.
¡Ay tristes de los que quedan
de un tirano a la merced!

Escena X

DON GONZALO CARVAJAL. BENAVIDES.

BENAVIDES
El Rey deciros me manda
que sin pesar y sin ira
el homenaje os retira
y accede a vuestra demanda.
Yo, con la ayuda de Dios,
venceré, ha dicho, al infiel
sin vasallos como él.

GONZALO CARVAJAL
Sí; los querrá como vos.

BENAVIDES
Para salir de esta villa
tres días de plazo os cuenta.

GONZALO CARVAJAL
¡Insigne favor! Cuarenta
me da la ley de Castilla.
Mas vive el cielo que aún es
dadivoso en demasía:
decidle por vida mía
que sobran dos de los tres.

BENAVIDES

Se holgará...
Y es largo espacio
Partiré sin dilación,
no infeste mi corazón
el aire de su palacio.
Fogoso alazán me espera.
Mañana en mejor asilo
libre dormiré y tranquilo
allende de la frontera;
y aunque agraviado me alejo
no le ofenderé enemigo,
que si ha menester castigo
en buenas manos le dejo.

Escena XI

BENAVIDES.

BENAVIDES
Yo te diera el que mereces,
mas ya que tú te lo impones
con voluntario destierro,
excusa mi saña el golpe.
¿Por qué también no te siguen
tus hermanos y en la noche
del olvido para siempre
no se sepulta su nombre!

Escena XII

BENAVIDES. DON JUAN.

JUAN
¿Partió don Gonzalo?

BENAVIDES
Sí,
lanzando injurias enormes
contra vos, contra Fernando...

JUAN
Dejadle que desahogue
su rabia...

BENAVIDES

Mejor sería
que los filos de un estoque
la atajasen.

JUAN

¡En palacio!
Sería atentado enorme,
peligroso... Huya en buen hora.
Al enemigo que corre,
puente de plata. Si el centro
de la tierra no le esconde
no temáis que mi venganza
aunque tarde se malogre,
que doquier sobran puñales
cuando hay oro que los compre.

BENAVIDES

Poco importa que Gonzalo
huya a extranjeras regiones
si aquí en sus hermanos deja
dos aceros vengadores.

JUAN

Pues un Carvajal me insulta
no es mucho que yo los odie
a todos tres; pero a vos
que los pasados rencores
ya en halagüeña concordia
trocado habíais, ¿de dónde
os viene el nuevo furor
que os inspiran esos hombres?

BENAVIDES

Míos son vuestros agravios.
Y a mí también los baldones
de Gonzalo...

JUAN

Mas primero
yo os oí contra el más joven
acusaciones amargas,
que por cierto no muy dócil
escuchó el Rey. Por ventura
¿media algún lance de amores?...

BENAVIDES

Tal vez...

JUAN

Amor en mi pecho
embota ya los arpones;
mas la venganza nos une,
bien que por distinto móvil.
Si no queréis malograrla
más cauto sed en la corte.
Guardaos de dar consejos
a quien suspicaz los oye.
El Rey es altivo, indómito,
temerario, y otro norte
no le guía que el impulso
de sus vehementes pasiones.
Manejarlas a mi grado,
sin mover otros resortes
que la astucia y la lisonja,
dorando los eslabones
de la invisible cadena
que amarra su cuello indócil,
he aquí toda mi política.
Y cuando así no le dome,
¿hay más que soltar la rienda
y que él mismo se desboque?
Así un día su corona
mi sien ceñirá, y entonces...

Escena XIII

DON JUAN. BENAVIDES. LEIVA.

(Es ya de noche. Criados de palacio iluminan la estancia.)

LEIVA

Tumultuosa conmoción
reina en Martos. Los rumores
del mensaje de María
y de que el Rey lo desoye
han agitado los ánimos.
Cree el pueblo que en prisiones
gime la madre del Rey.
Mueran, grita, los traidores
y viva doña María.

JUAN
¿Será cierto...?

LEIVA
Ya las voces
cerca suenan del alcázar.

JUAN
Acudid, Leiva. Que doblen
las guardias; que se guarnezcan
las almenas de la torre...

Escena XIV

DON JUAN. BENAVIDES. LEIVA. EL REY. CASTRO. CASTAÑEDA.
CABALLEROS. SOLDADOS.

(Óyese gritería de gente amotinada.)

REY
¿Qué es esto, Infante?

JUAN
Señor...

REY
¿Por qué airado el yugo rompe,
ese pueblo? No decíais
que sus fieles moradores
me adoraban? Yo no gusto
de tales adoraciones.

JUAN
Señor, mi sorpresa...

REY
¿Quién
ha excitado ese desorden?

JUAN
Los indicios... Mis sospechas...
Entre tanto pecho noble
sólo un Carvajal... Gonzalo...

PUEBLO

(Dentro.) ¡Mueran, mueran los traidores!

LEIVA

Antes que el pueblo se alzara,
de Martos salió a galope
don Gonzalo. Yo le vi.

JUAN

Mas sus hermanos feroces,
bienquistos con esa plebe...

REY

Basta; los aceros obren.
¿Qué sirven lenguas ahora?

BENAVIDES

Ballesteros, ricos-hombres,
seguidme. Con su cabeza
Benavides os responde
del triunfo.

Escena XV

EL REY. DON JUAN.

PUEBLO

(Dentro.) ¡Viva María!
¡Mueran, mueran los traidores!

REY

(En el acto de partir con la espada desnuda.)
Morirán, sí; y a mis manos.

JUAN

¿Adónde, señor, adónde
corréis...?

VOCES

(Dentro.) ¡Viva el Rey!

REY

Dejadme...

JUAN

No os aventuréis. La noche
es oscura. Si a su sombra
algún aleve... Ya se oye
más apartado el motín.

(Mirando por una ventana. El REY se acerca también a ella.)

¡Vencimos! Mirad. Se rompen
los amotinados grupos.
¿No veis cuál huyen veloces?

VOCES

(Más cerca.)

¡Viva el Rey!

REY

(Volviendo al proscenio.)

¡Oh si en mis manos
viese a los viles autores
de la horrible sedición!
Yo les juro por mi nombre...

Escena XVI

EL REY. DON JUAN. CASTRO. LEIVA. CASTAÑEDA. CABALLEROS.
SOLDADOS.

CASTRO

El tumulto se ha deshecho.
Unos huyen a los montes
otros en la calle espiran
o a los hogares se acogen.
Mas quiere Dios que con sangre
esclarecida se compre
la victoria. Benavides...

REY

¿Herido...?

CASTRO

¡Muerto!

JUAN

¡Mi pobre
amigo fiel...! (Aparte al REY.)

Dadme albricias.
Ya no hay hermano que estorbe.
Vuestra será doña Sancha.

REY

Sus claras cenizas se honren
en suntuoso funeral,
y los valientes le lloren;
y pues huérfana ha quedado
su hermana, darella dote
y mi pupila ha de ser.
¿Se han hecho algunas prisiones?

CASTRO

A don Juan de Carvajal
y a su hermano...

REY

¡Ah! Los felones
¿son ellos?

CASTRO

Entre los grupos
los han preso y a dos hombres
del pueblo...

REY

Si fueren reos
no esperen que los perdone.

JUAN

(Sí, reos serán. ¡Oh gozo!)

REY

Que los lleven a la torre
de Palacio. Mi justicia
ha de estremecer al orbe.

ACTO II

Sala en la torre del palacio de Martos, inmediata a las prisiones. Puerta en el foro, que es la general de entrada; otra a la derecha del actor, por donde entran y salen el REY y el Infante DON JUAN, y otra en frente de esta, que es la que guía a los

calabozos, y al tribunal. A la parte exterior del foro se deja ver un centinela.

Escena I

DON JUAN. EL CARCELERO.

JUAN
¿Qué hace el juez?

CARCELERO
Sin descansar
la pesquisa está formando.

JUAN
Van los presos declarando?

CARCELERO
Pronto los van a llamar.

JUAN
Bien. Traedme (es tiempo aún
a uno de aquellos dos hombres...
No recuerdo bien sus nombres.

CARCELERO
Gil Peláez y Fortún.

JUAN
Sí. Cualquiera de los dos.
El otro vendrá después.

CARCELERO
(¿Don Juan pone aquí los pies?
No es para servir a Dios.)

Escena II

JUAN.

JUAN
¡Tal virtud en baja plebe!
A precio pongo sus cuellos,
y a declarar contra ellos
sólo un testigo se atreve,

Mas con un solo testigo
condenar no puede el juez.
Esos villanos tal vez
por evitar el castigo...

Escena III

DON JUAN. PELÁEZ.

(El CARCELERO conduce a PELÁEZ y se retira.)

PELÁEZ
Me envía aquí el Carcelero

JUAN
¿Cómo te llamas, buen hombre?

PELÁEZ
Gil Peláez es mi nombre.

JUAN
¿Y tu oficio?

PELÁEZ
Soy herrero.

JUAN
¿Qué tal lo pasas en él?

PELÁEZ
Perramente. El triste pan
apenas gano, don Juan,
y echo en la fragua la hiel.

JUAN
Aun por eso no es extraño
que aprendas otro mejor.

PELÁEZ
¿Cuál?

JUAN
El de conspirador.

PELÁEZ

Ese es el que medra hogaño.
Vos de alta sangre real
sabéis todo eso al dedillo.

JUAN
¡Villano! ¿Tú...?

PELÁEZ
Soy sencillo
y no lo digo por mal.

JUAN
Yo perdono a tu ignorancia.

PELÁEZ
Señor...

JUAN
Y a piedad me mueve
tu pena. Nunca a la plebe
traté yo con arrogancia.

PELÁEZ
¿Conque os doléis de mis males?

JUAN
Y libertarte procuro.

PELÁEZ
¿Cierto?

JUAN
(Sacando una bolsa.)
Sirvan de seguro
estos doscientos mercales.

PELÁEZ
Dadme...

JUAN
Paso. No hay presente,
si no lo ganas primero.

PELÁEZ
¿Qué me mandáis?

JUAN
Sólo quiero...
que sepas ser inocente.

PELÁEZ
Yo, señor, de buena fe
en la zambra me metí.
A los del barrio seguí;
gritaron, y yo grité.

JUAN
Mas al sedicioso enjambre
te condujo...
Fue mi guía
mi amor a Doña María
exaltado por el hambre.

JUAN
Si esa sola confesión
oye de tu boca el juez
no logras por esta vez
ni dinero ni perdón.

PELÁEZ
Pues ¿qué haré?

JUAN
Toda la historia
referir...

PELÁEZ
(Ya te comprendo.)
Ídmela vos refiriendo
que soy flaco de memoria.

JUAN
¿No os dijo anoche un compadre
que aquel insulto a la ley
fue por destronar al Rey
dando el gobierno a su madre?

PELÁEZ
Es verdad. (No lo sabía.)

JUAN
De ese crimen en descargo,

vos ignoráis sin embargo,
que es crimen de alevosía.

PELÁEZ

¿Y si me ahorcan, señor,
aunque ignorante haya sido?

JUAN

Se perdona al seducido
y se castiga al motor.

PELÁEZ

¿Al motor decís? Pues bien,
para hacer aquel entuerto
yo fui seducido; es cierto.
Ahora vos diréis por quién.

JUAN

¡Qué memoria tan fatal!
¿Quién pudo armar vuestras manos
sino los viles hermanos
Juan y Pedro Carvajal?

PELÁEZ

(¡Qué Infante tan embustero!
Mas su oro...) Tenéis razón;
ellos los traidores son.
Mi conciencia es lo primero.

JUAN

Y acaso por sus ardides
feneció... ¿Sabes por suerte
o viste tú quién dio muerte
a don Juan de Benavides?

PELÁEZ

Un Carvajal; mas por Dios
que hoy no puedo recordar
si Pedro o Juan...

JUAN

Por no errar...

PELÁEZ

Sí; le mataron los dos.

CARCELERO
(A la puerta.)
Peláez.

JUAN
Ya el tribunal
te llama.

PELÁEZ
De su balanza
dueño sois, que es mi fianza
una bolsa. (La toma.)

JUAN
Y un puñal.

(Requiere el que lleva al pecho.)

PELÁEZ
No hay para qué. Tengo honor
y vuestra duda me ultraja.

JUAN
(¡El Peláez es alhaja!)

PELÁEZ
(¡El Infante es de mí flor!)

Escena IV

DON JUAN. FORTÚN.

(El CARCELERO conduce a FORTÚN y se retira.)

FORTÚN
¿Sois vos quien llama a Fortún

JUAN
Sí, y a sacarte me ofrezco
de la cárcel...

FORTÚN
Lo agradezco.

JUAN

Si me sirves...

FORTÚN
¿Yo? Según.

JUAN
Violando anoche la ley
sé que obraste sin malicia.

FORTÚN
Señor, quien pide justicia
ni a Dios ofende ni al Rey.

JUAN
Con máscara de lealtad
de un seductor el influjo...

FORTÚN
A mí nadie me sedujo.
Libre fue mi voluntad.

JUAN
Falso celo te engañó...

FORTÚN
Yo sé bien, aunque villano,
tan bien como un cortesano,
lo que es bueno y lo que no.

JUAN
Fiar suele el hombre bueno
del que virtudes le miente;
presume obrar libremente,
y obra por impulso ajeno.
¡Cuántos pasan por leales
y en su alma está la traición!

FORTÚN
Eso es verdad.

JUAN
Tales son
los hermanos Carvajales.

FORTÚN
Quien así los injurió

miente como un marroquí.
Si hay algún Judas aquí,
no es de su linaje, no.

JUAN
Autores son del insulto
que anoche...

FORTÚN
Es calumnia atroz
Antes su espada y su voz
atajaron el tumulto.

JUAN
Convictos los dos están.
Si los defiendes aún,
tú eres perdido, Fortún,
y ellos no se salvarán.

FORTÚN
¿Yo de falso testimonio
reo vil? Si al cielo plugo,
el cuello daré al verdugo,
pero no el alma al demonio.
El pueblo que hambriento gime
no ha menester consejeros
para demandar sus fueros
al tirano que le oprime.
Los que a lágrimas sin fin
para saciar su ambición
le condenan, esos son
los autores del motín.
Ni el pueblo, si en fiero bando
contra los traidores grita,
su cetro heredado quita
al nieto de san Fernando.
Justicia, Señor, implora,
pues por ella paga pechos,
y vuelve por los derechos
de una Reina a quien adora.
Es ya, más que torpe yerro,
crimen que pide venganza
que esté don Juan en privanza
y ella en injusto destierro.

JUAN

Don Juan tan sólo desea...

FORTÚN

Nunca la cara le vi,
pero tengo para mí
que debe de ser muy fea.

JUAN

¡Audaz villano...!

FORTÚN

Si vos
su amigo sois por desgracia,
decidle con eficacia
que tenga temor de Dios.
Decidle al Rey que no impío
al Rey de reyes enoje,
y que de su lado arroje
a ese condenado tío.
Y al error y al frenesí
la voz de la sangre vengza;
que es una mala vergüenza
tratar a su madre así.

JUAN

Basta. En fin, ¿quieres perderte?
Adiós, imprudente mozo.

FORTÚN

Ni me aflige el calabozo
ni me acobarda la muerte.

JUAN

Ya que en la horca no mueras
si de ti se apiada el juez,
por diez años y otros diez
remarás en las galeras.

FORTÚN

Navegaré sin escote,
que el Rey me lo pagará;
y acaso el juez temblará
mientras ría el galeote.

CARCELERO

(A la puerta.)

Fortún.

JUAN

¡El cielo te asista!
Pero haces mal, por mi fe...

FORTÚN

Ya he dicho a vuesa mercé
que a mí nadie me conquista.
Ni el oro me hará mentir,
pues que Dios me quiso dar
brazos para trabajar
y valor para morir.

Escena V

DON JUAN.

DON JUAN

¡Qué tesón tiene el villano!
Mas con Peláez y el otro
me basta, y aun ambos sobran,
pues cuento con el enojo
del Rey. Él se precipita
y yo mi venganza logro.

Escena VI

DON JUAN. EL REY.

REY

¡Que no se alcanzó a Gonzalo!

JUAN

És un águila su potro.

REY

¡Ay de él si a pisar se atreve
otra vez mi territorio!
Mas ya que rehenes me deja,
no se me dilate el gozo
de la venganza. ¿En qué estado
se halla la causa?

JUAN
Muy pronto
la terminará el Merino,
y como el crimen supongo
comprobado...

REY
Si lo está,
¿qué hace ese juez? ¿Es de plomo?
Urge el dar un escarmiento
a mi pueblo, y es forzoso

Escena VII

EL REY. DON JUAN. LEIVA.

LEIVA
Señor...

REY
Entrad.

LEIVA
Ya se alojan
en Martos y sus contornos
las lanzas que de Jaén
envía Rodrigo Osorio,
y del terror dominada
yace la villa en reposo.
Mas, no os lo debo ocultar,
si el cielo oyera sus votos
libres los dos Carvajales
saldrían del calabozo.

REY
¿Tan queridos son en Martos?

LEIVA
No os debe causar asombro.
Esta villa es de la orden
de Calatrava: uno y otro
visten su hábito...

REY
¿Qué importa?

Más poder tiene mi trono
que esa cogulla insolente.

JUAN

El Maestro acosa al moro
con su hueste: sólo quedan
los ancianos y achacosos
en la encomienda, y si el fallo
se apresura...

LEIVA

Fuerte escollo
contrariar puede ese intento
si, como yo lo supongo,
rehúsan los Carvajales
ser juzgados por el foro
civil. Calatravos son,
y sólo los religiosos
del orden...

JUAN

Se les acusa
de sedición y soborno,
y de homicidio a las puertas
del alcázar. No conozco
cuando se juzga a traidores
otro fuero que el del solio.

REY

Si a mi poder soberano
se atreviese a poner coto
el orden de Calatrava,
yo de ese importuno estorbo
me sabría libertar;
que más fuertes y orgullosos
fueron ayer los templarios
y yacen hoy en el polvo.

Escena VIII

EL REY. DON JUAN. LEIVA. EL MERINO MAYOR.

MERINO

Los Carvajales, señor,
escudados con sus votos

y exenciones, se oponían
a declarar, testimonio
pidiendo de lo que llaman
incompetencia, despojo
de jurisdicción... No en vano
vuestro nombre en fin invoco,
y compelidos por mí
protestan que del trastorno
de anoche son inocentes;
que antes con lealtad y arrojo
entrambos lo contuvieron;
que ellos a don Juan Alfonso
Benavides no mataron;
y aunque era muy justo el odio
que le tenían, le hubieran
combatido rostro a rostro,
a la luz del medio día,
sin ventaja, sin desdoro
de su fama; no de noche
cual sicarios alevosos.

REY

¿Qué declaran los testigos?

MERINO

A serlo se niegan todos,
por temor de que los juzguen
cómplices del alboroto;
mas de tres que han declarado,
dos los acusan; el otro...

REY

Basta.

MERINO

Siguiendo del juicio
los trámites...

REY

Son ociosos.
El delito está probado;
la majestad de mi trono
fue hollada; corrió la sangre
de un vasallo generoso;
tal vez peligró la mía...
Haced, Merino, que pronto

la mi corte se reúna.
Luego a presidirla corro,
y desde el fallo a la pena
sólo un breve plazo otorgo.

Escena IX

EL REY. DON JUAN. LEIVA.

LEIVA
(¡Desventurados amigos!
No puedo daros socorro.)

Escena X

EL REY. DON JUAN. LEIVA. CASTRO.

CASTRO
Señor, hablaros desea
una dama...

REY
¿Quién...?

CASTRO
Lo ignoro.
Calla, y el rostro velado...

REY
¿Si será...? Dejadme solo.

Escena XI

EL REY. DOÑA SANCHA.

SANCHA
A vuestros pies...

REY
Tened, que la corona
no me excusa el deber de caballero.
Yo, a quien rinden sumiso vasallaje
tanta y tanta provincia, a la hermosura

me gozo en tributar grato homenaje.
Alzad, señora, el envidioso velo.
No neguéis a mis ojos la ventura
de contemplar sin nubes ese cielo.

SANCHA

Miradme. Sancha soy.

REY

No en vano el alma
me lo anunció desde que al eco blando
de vuestra dulce voz perdió la calma.

SANCHA

Las lisonjas dejad, Rey don Fernando,
que si nunca me engríe su tributo,
hoy es ultraje a mi orfandad llorosa,
hoy es escarnio a mi infelice luto.

REY

El labio a su pesar... Perdón, hermosa.
Cuando anegado en lágrimas el rostro
y herido el corazón de dardo aleve
la sangre me pedís de vuestro hermano,
callar sus votos el amante debe
y su imperio ostentar el soberano.
Ora halaguéis con plácida esperanza
mi ardiente amor o le esquivéis impía,
no lloraréis, lo juro, sin venganza.

SANCHA

¡Venganza! ¡Ah! No la pide mi amargura.
Justicia sí.

REY

No viola la justicia
el que venga a las leyes. Si sangriento
como lo fue la culpa es el castigo,
el nombre que le diereis poco importa.
Justa es el hacha si los brazos corta
que osaron desnudar viles puñales,
y con su sangre vengarán la vuestra
en justa expiación los Carvajales.

SANCHA

Maldigo con horror al alevoso

que dio la muerte a mi infeliz hermano,
pues abrigó a los dos un seno mismo,
bien que fue para mí crudo tirano.
Mas ni al sagrado altar de la justicia,
ni a mi acerbo dolor fuera consuelo
de sangre no culpada el sacrificio.
Delincuentes no son los Carvajales
por más que la calumnia bajo el velo
de lealtad officiosa los denuncie.
Yo lo juro, Señor, lo juro al cielo.

REY

¿Qué escucho! ¡Doña Sancha los defiende!

SANCHA

Doña Sancha defiende a la inocencia.
Mal que le pese a la cobarde envidia,
jamás en tan hidalgos corazones
cupieron la vileza y la perfidia.
Sita mi reja en frente del alcázar,
desde ella vi la dolorosa escena,
y ya mi hermano el ay de la agonía
lanzaba, ¡oh Dios! en la sangrienta arena
cuando los dos valientes caballeros
paz gritando a la ciega muchedumbre
en medio se arrojaron del tumulto,
que tal vez a su ruego se deshizo.
Si no es verdad, persígame insepulto
de mi hermano el espectro noche y día.

REY

Vos ignoráis tal vez que don Gonzalo
poco antes de su Rey se despedía,
en guisa de rebelde y con sañudo,
provocador talante, que a fe mía
me inspiró menos ira que desprecio;
que no alcanza a turbar mi augusta frente
la estéril rabia del orgullo necio.

SANCHA

¿Si fue Gonzalo audaz, si fue imprudente,
han de sufrir la pena sus hermanos?
Don Pedro Carvajal es inocente.
Los dos: también don Juan.

REY

Más de una causa
muéveme a reputarlos enemigos.
Presos en la asonada entrambos fueron
y acordes los acusan dos testigos.

SANCHA

Mienten. Su lengua vil se vende al oro.
¿No merece más crédito la mía?
¿Tal mi maldad sería y mi desdoro
que de mi sangre misma a los verdugos
yo osara defender?

REY

Y alma de tigre
tendría el juez que condenar pudiera
a quien vos defendéis.

SANCHA

¿Qué escucho! ¡Oh gozo!
¿Será... serán absueltos? ¡Infelices!
Sí, saldrán del oscuro calabozo
donde gime aherrojada su inocencia,
y ambos bendecirán, y yo con ellos
bendeciré, Señor, vuestra justicia.
¿Calláis? ¡Ah! no os agravie mi impaciencia.
Decid: «Yo los absuelvo; sean libres.»,
o si aún dudáis, desde el excelso trono
suene la grata voz de la clemencia.
Decid, señor, decid: «Yo los perdono.»

REY

¡Oh Sancha, Sancha!... El corazón te vende.
No inspiran la piedad ni la justicia
esa ardiente elocuencia, ese abandono.
Sólo el amor, y amor profundo, ciego
habla... y delira así; y el llanto, el ruego
disfraza en vano el labio temeroso
cuando el silencio mismo nos delata,
y amor asoma al párpado lloroso,
y el rubor de la frente lo retrata.

SANCHA

Bien decís: si mi rostro lo descubre
si mi amor es legítimo, inocente,
¿a qué negarlo? Sí, yo amo a don Pedro.
O ha de callar mi lengua, o nunca miente.

REY

¡Vos a don Pedro amáis!

SANCHA

Feliz le amaba.

¿Queréis que en la desgracia le abandone?

REY

¡Oh furor!

SANCHA

Os irrito cuando callo;
si hablo os irrito más. ¡Ay de mí triste!
Por la vuestra juzgad si un alma tierna
a la pasión fatídica resiste
en que cifra su bien. ¡Ay! En mal hora
contemplaron amantes vuestros ojos
a esta infeliz...

REY

Y en hora más aciaga
encona de mi pecho la honda llaga
la dicha de un rival a quien detesto
aún más que os amo a vos; rival funesto
que de la sangre ahoga el grito santo
en vuestro corazón. Vos, que sin llanto
veis de un hermano la horrorosa herida,
¡lloráis de amor indigno poseída,
y el alma os cubre de mortal espanto
el peligro del bárbaro homicida!

SANCHA

¡Faltaba entre los viles detractores
la bastarda ojeriza de los celos,
linaje ruin de impúdicos amores!
¿No caben dos afectos por ventura
dentro de un corazón? Lloro al hermano
y Dios ve mi dolor y mi amargura;
¿mas le habré de inmolar al fiel amante
porque ose denigrarle la impostura?
Si deberes la sangre nos recuerda,
también el corazón tiene sus leyes,
y a contrastar su imperio no es bastante
el tirano capricho de los reyes.

REY

¡Fatal imperio que a la incauta lengua
tales acentos deslumbrado inspira!
¡Creed al corazón desventurada,
que en vez de mitigar mi justa ira,
enardecerla más ciego os ordena!

SANCHA

¡Señor!... ¿Qué he dicho...? ¡Ay Dios! Si me enajena
el dolor que me oprime, sed piadoso,
y no un amante a mi pesar quejoso;
óigame en vos un rey justo y clemente;
óigame un caballero generoso.

REY

Vos, oh Sancha, que sois tan indulgente
con vuestro corazón, pensad os ruego,
que es vano empeño y loco desvarío
lo que al vuestro negáis pedir al mío.
Oídmeme y resolved. Si en vuestro labio
halaga a mi pasión dulce esperanza,
de las leves el justo desagravio
yo a vuestros pies sacrificar prometo,
y mi orgullo y mi encono y mi venganza.
Mas que el amor con halagüeños lazos
os una a mi rival aborrecido
y me escarnezca luego en vuestros brazos,
¡no lo esperéis de mí! Vivo, en buen hora;
vuestro, jamás. Hasta espirar el día
su juez seréis. Si es grande el sacrificio,
no es leve el don. Mi dicha... o su suplicio.

Escena XII

DOÑA SANCHA.

¡Cruel! No hay dicha para ti en el mundo
si la esperas de Sancha. Y cuando fuera
tanta mi mengua, que a tu vil deseo
mi acrisolado honor prostituyera,
jamás la vida a precio tan infame
comprara Carvajal. ¡Oh dueño mío!
¡Antes mil veces la segur derrame
tu ilustre sangre, y en tu mármol frío
yo fallezca de amor y de despecho!

Que tú también en mi angustiado pecho
antes quisieras ver punzante daga
que de antojo brutal la torpe huella
en mi llorosa faz. ¡Ay trance amargo!
¡Ay desdichada la que nace bella!
No temas, no. Si mi dolor inmenso
no me afea a los ojos del tirano,
yo mi cabello mesaré furiosa
y este rostro ajará mi propia mano.
Sólo a tus ojos parecer hermosa
pudírame halagar, ¡y ya en tus ojos
no me puedo mirar embelesada!
¿Quién abrirá a mi llanto esos cerrojos?
¡Oh si al menos mi boca enamorada
el postrimer adiós pudiera darte!
Mas una idea... Sí... No desespero.
¡Oh amor!, protege mi inocente engaño.
Probemos... ¡Ah de casa! ¡Carcelero!

Escena XIII

DOÑA SANCHA. EL CARCELERO.

CARCELERO
¿Quién llama?

SANCHA
¿Me conocéis?

CARCELERO
Sí. ¿No sois la hermana vos
del difunto Benavides?

SANCHA
Bien lo muestra mi dolor.
Afán de justa venganza
me conduce a esta mansión.
Sé que ha sido un Carvajal
el asesino feroz,
mas como el crimen horrendo
niegan tenaces los dos,
mi labio ignora a quién debe
fulminar su maldición.
En esta estancia no ha mucho
el Rey mis quejas oyó.

Vos lo sabéis.

CARCELERO

A mi oído
llegó el eco de su voz.

SANCHA

(¡Cielo!) ¿Oísteis...?

CARCELERO

No, señora,
que el respeto me alejó,
y a fuer de buen carcelero
ciego y sordo-mudo soy.

SANCHA

Yo a los presos he de ver.
Así su propio terror
descubrirá al delincuente.

CARCELERO

Señora...

SANCHA

El Rey lo mandó.

CARCELERO

Créolo así, pero... a solas...

SANCHA

¿Temes? Armada no estoy
de puñal, ni me vengara
con él, que es sobrado honor
para un asesino infame.

CARCELERO

(Esta mujer es atroz.)
Pues sois la parte contraria,
y hay guarda, y vigilo yo,
y el Rey lo ordena, y no hay riesgo...
Pero tened compasión
de ellos, que al cabo son prójimos...

SANCHA

¡Andad!...

CARCELERO
A traerlos voy.

Escena XIV

DONA SANCHA.

¡Bien haya un hombre tan necio
que no advierte cuánto son
forzados en lengua amante
los acentos del rencor!

Escena XV

DOÑA SANCHA. DON PEDRO CARVAJAL. DON JUAN CARVAJAL.

(DON JUAN CARVAJAL se sienta retirado y medita.)

PEDRO CARVAJAL
¿Qué veo! ¡Sancha! ¿Es posible...?

SANCHA
Deteneos...

PEDRO CARVAJAL
¡Grato don
de los cielos! ¡Sancha mía!

SANCHA
(Se acerca a la puerta de las prisiones y mira.)
Bajad, don Pedro, la voz.

PEDRO CARVAJAL
Nadie nos oye. ¿Qué objeto
te conduce a mi prisión?

SANCHA
Ya el carcelero se aleja.
¿Quién, Pedro, sino el amor
me trajera aquí?

PEDRO CARVAJAL
(Se abrazan.) ¡Bien mío!

¿Es cierto, o soñando estoy?
¡Tú en mis brazos! Luz divina
disipa el lóbrego horror
de mi cárcel, y en ti veo
al ángel de redención.

SANCHA
¡Ay Pedro!

PEDRO CARVAJAL
¡Qué! ¿Ya no queda
esperanza?

SANCHA
¡Sólo en Dios!

PEDRO CARVAJAL
¿Todos nos culpan? ¿No hay ya
justicia en la tierra?

SANCHA
¡No!
Testigos para acusaros
compra el oro corruptor.
Si alguien osa defenderos,
segura es su perdición.
¿Y cuando el juez es verdugo,
cómo aplacar su rigor?

PEDRO CARVAJAL
Si el Rey...

SANCHA
Postrada a sus pies
con elocuente aflicción
defendí vuestra inocencia...,
y su pecho se apiadó.

PEDRO CARVAJAL
¿Cómo pues...?

SANCHA
Mas ¡qué piedad!

PEDRO CARVAJAL
¡Sancha!

SANCHA

La muerte es mejor.

PEDRO CARVAJAL

¿Qué escucho!

SANCHA

Pone en mis manos
tu suplicio o tu perdón.

PEDRO CARVAJAL

¿Y tu respuesta...?

SANCHA

¡Oh Dios mío!
Nunca fue tanto mi amor,
mas él te ofrece la vida...,
¡y yo la muerte te doy!

PEDRO CARVAJAL

Tiemblo de oírte.

SANCHA

El secreto
de mi alma sorprendió,
y este amor que era tu gloria
tu mayor delito es hoy.

PEDRO CARVAJAL

¡Desventurado de mí!
Acaba. ¿Y su labio osó...?

SANCHA

¡Pacto infame! No mi lengua;
dígate mi rubor.

PEDRO CARVAJAL

¿Y no hay rayos en el cielo?

JUAN CARVAJAL

(Se levanta.)

No acuses, blasfemo, a Dios.

PEDRO CARVAJAL

¡Triunfa ese monstruo execrable

que el negro abismo abortó,
triunfa, y la muerte o la infamia
nos reserva su furor!;
¿y no he de quejarme al cielo?
¡Ah! no hay en mi corazón
tanta virtud.

JUAN CARVAJAL

Los arcanos
respetar del Criador.
¡Feliz quien se alza inocente
a la celeste región
y se sienta entre los ángeles
como Abel y como Job!
Muere sereno y no envidies
el triunfo del pecador.
¿Qué es una vida acosada
de remordimiento atroz?
Vuela y le aguarda en la tumba
eterna condenación.

SANCHA

Piensa, mi bien, que muriendo
salvas tu fama y mi honor.

JUAN CARVAJAL

¿Ves? Débil mujer alienta
al esforzado varón.

SANCHA

(¡Ah! ¡Yo serena me finjo
y muerta de pena estoy!)
No es tanta de nuestra estrella
la cruel persecución,
pues abrazados podemos
darnos el último adiós.

(Se abrazan.)

PEDRO CARVAJAL

Sancha, esa dulce ternura
roba a mi pecho el valor
para morir. ¡Ser amado,
y con tanta abnegación,
nutrir risueña esperanza,
y verla agostada en flor!

SANCHA

¡Ah! no morirás tú solo;
que yo de mármol no soy.
La tumba nos unirá
ya que los altares no.

PEDRO CARVAJAL

¡Cuán cariñosa y cuán bella!
Mírame así, dulce amor;
roba su presa al verdugo,
y muera en tus brazos yo!

JUAN CARVAJAL

(Los separa y queda entre los dos.)
¡Apartad, desventurados!
No ofendáis al Redentor.
Desterrad de vuestro pecho
toda humana sensación,
¡que el trance final se acerca
y el tiempo corre veloz!

PEDRO CARVAJAL

Mi amor es cándido, es puro,
que su virtud lo inspiró.
Pues para amarnos nacimos,
y somos libres, y voy
a morir, ¿quién mis halagos
culpará...?

JUAN CARVAJAL

La Religión.
Apartaos; yo os lo ordeno,
yo, ministro del Señor.

PEDRO CARVAJAL

Tú me acuerdas un bien
que en mi horrible situación
ya no esperaba. Señora,
pues a mí el cielo os guió,
he aquí mi mano. El que ahora
os la ofrece en la prisión,
os la ofreciera lo mismo,
cumpliendo lo que juró,
si daros pudiera en arras
todo el imperio español.

SANCHA

Yo sé despreciar grandezas,
que me basta un corazón.

(Tendiendo la mano.)

Pobre preso, he aquí la mía.
Con orgullo te la doy.

PEDRO CARVAJAL

(A su hermano.)

¡Sacerdote!, todo es templo
cuando se alza el alma a Dios.
El caballero se humilla:
bendiga el comendador.

(Don PEDRO CARVAJAL y DOÑA SANCHA se arrodillan.)

JUAN CARVAJAL

¿Si Dios permite benigno
que de infame delación
triunfe Pedro y libre vuelva
a gozar la luz del sol,
seréisle fiel, doña Sancha?

SANCHA

¡Oh, sí! Eternamente.

JUAN CARO

¿Y vos
de caballero y cristiano
cumpliréis la obligación?

PEDRO CARVAJAL

Siempre.

JUAN CARVAJAL

En nombre del Eterno,
que vuestros votos oyó,
los acojo yo, su ungido.
Recibid mi bendición.
Si aquel que con soplo leve
hizo polvo a Jericó
del impío rey nos libra
y el juez prevaricador,

benedicidle luengos años
en casta y plácida unión;
mas si una precaria vida
nos demanda el Salvador,
cumplamos su voluntad
como el padre de Jacob.
Y vosotros, ofrecedle
con pía resignación
la suspirada ventura
que os roba muerte precoz.
Mayor será vuestra dicha
en otra vida mejor.

Escena XVI

DOÑA SANCHA. DON JUAN CARVAJAL. DON PEDRO CARVAJAL. EL
CARCELERO.

(Llega el CARCELERO sin ser visto por los demás interlocutores y, como dominado por el prestigio del acto que presencia, se arrodilla también. DON JUAN CARVAJAL prosigue.)

JUAN CARVAJAL
De ese humano sacrificio
Dios os dará el galardón,
y en aquel glorioso edén
que a los justos reservó
flores de eternal aroma
brotarán para los dos.
Alzad.

(DON PEDRO CARVAJAL y DOÑA SANCHA se levantan y se abrazan.)

SANCHA
¡Bien mía!

CARCELERO
(Levantándose.) ¿Qué escucho?

PEDRO CARVAJAL
¡Esposa mía!

CARCELERO
¡Tradición!

¡Engañarme así...!

(Separándolos.)

¡Apartad!

PEDRO CARVAJAL

¡Un momento!

SANCHA

¡Por favor...!

CARCELERO

No hay favor.

PEDRO CARVAJAL

¡Adiós!

CARCELERO

Ya basta.

SANCHA

¡Adiós!

CARCELERO

¡Ea, a la prisión!

JUAN CARVAJAL

Ya obedecemos. ¡No más!

PEDRO CARVAJAL

¡Amargo instante!

SANCHA

¡Oh dolor!

CARCELERO

(Medio enternecido.)

(¡Pobrecillos!...) Acabemos.

(Separándolos con violencia.)

Entrad presto. Salid vos.

ACTO III

El teatro representa una parte de la villa de Martos, situada en anfiteatro sobre una alta colina. A la izquierda del actor habrá una quinta de arquitectura árabe con emparrado, naranjos y macetas de flores a la entrada. Sobre este edificio, que será de un solo cuerpo, habrá una azotea. En lo más alto del cerro se elevará hacia la derecha un áspero y desnudo risco, en cuya cima habrá una meseta y sobre ella un castillo con puerta que a su tiempo ha de abrirse. Habrá también una loma transitable entre la villa y la fortaleza.

Escena I

EL REY. CASTRO.

(Aparece el REY voluptuosamente reclinado sobre un escaño de junco bajo el emparrado y entre las flores y frutales que adornan la entrada de la quinta. CASTRO en pie a su lado.)

REY

Deliciosa quinta es esta.
Los monarcas del oriente
saben serlo, que no hay gloria
como nadar en placeres.
Buen alarbe que plantaste
estos amenos vergeles,
si yaces en torno mío
bajo algún florido césped,
séate ligera mi planta;
que aunque austera me lo vende
más estrecha religión,
yo también, nieto de reyes,
perdidas cuento las horas
que no hermosea el deleite.
Por cierto que vuestro hermano
en el cerco de Alcaudete,
entre cascos y ballestas,
no tendrá tan buen albergue.

REY

La esperanza de vencer
le consolará. Es valiente.
Yo también de tal blasono,
mas acaudille mis huestes
en buen hora; que es locura
arrostrar soles y nieves

por ganar, Castro, una villa
el que tantas villas tiene.
Me hallo bien entre las rosas
y no envidio sus laureles.

CASTRO

Sólo faltaba, Señor,
a vuestra dicha que fuese
menos vana y desdeñosa
doña Sancha.

REY

Está rebelde,
mas no pierdo la esperanza;
que el tiempo todo lo vence.

CASTRO

Olvidadla. Mil bellezas
ansiarán lo que ella pierde;
que los reyes son contados
y sin cuento las mujeres.

REY

Nacen todas caprichosas,
mas Sancha a todas excede.
¡Desprecia al Rey de Castilla
por un condenado a muerte!
Confieso que al declararlo
su boca, como un demente
me enfurecí; mas la calma
otra vez al seno vuelve;
que si de un placer me priva,
otro más dulce me ofrece;
la venganza.

CASTRO

Aún no ha vencido.
Fiad en su sexo débil.
Si ama a Carvajal, acaso
cuando el momento se acerque
del suplicio...

REY

No está lejos.
Pero ¿qué hace que no viene
mi caro tío?

CASTRO
Sin duda

temeroso de la plebe
dictando está precauciones...

REY
¿Qué concepto te merece
mi tío?

CASTRO
Señor

REY
¿Te turbas?
Hablar sin recelo puedes.

CASTRO
Pues le dais vuestra confianza,
digno de ella me parece.

REY
¡Lindamente! ¿Y qué dirías
si de mi gracia cayese?

CASTRO
Señor...

REY
¡Señor!... Yo no gusto
de aduladores; ¿entiendes?
¡Que nunca se libre un Rey
de esa maldecida peste!
Si te precias de sincero,
di que es don Juan un aleve,
un traidor, un ambicioso;
di que España le aborrece
como le aborrezco yo;
di que me afrenta y me vende.

CASTRO
(¿Hoy la toma con don Juan?
Seguiremos la corriente.)
Pues queréis, señor, que os diga
la verdad, mucho se duelen

vuestros súbditos leales
de que las riendas se entreguen
del Estado a un hombre odioso,
indigno de su progeñie
excelsa, y cuya maldad
ya es proverbio entre las gentes.

REY

Es un perverso.

CASTRO

Un hipócrita.

REY

Escrita lleva en la frente
la perfidia y la bajeza.

CASTRO

Rastrero y vil con el fuerte,
tirano con el humilde;
y si la fama no miente
(perdone el señor don Juan),
tiene sus puntas de hereje.

REY

Yo mi privanza le di,
mancebo inexperto y débil.
Sus lisonjas me engañaron
mas no tardé en conocerle.
Si aún sufro y el pie no pongo
sobre su cuello insolente,
temor del poder inmenso
que ha usurpado me detiene;
que ese infame, aunque rubor
el confesarlo me cueste,
más que yo manda en Castilla.
Mas día vendrá en que truene
mi reprimido furor
y él caiga y Castilla tiemble.

CASTRO

(¡Si así pierde su privanza,
no sea yo quien la herede!)

(Suenan un atabal.)

REY

¿Qué atabal...?

CASTRO

El pregonero,
que recorre los cuarteles
anunciando la sentencia...

REY

Así será más solemne.

PREGÓN

(Gritando dentro.)

El Rey y, en su real nombre, el su Merino mayor: Visto el juicio formado contra los hermanos don Juan y don Pedro Carvajal, acusados y convictos del crimen de alevosía y traición y homicidio violento, los condena a ser arrojados por mano del verdugo de lo alto de la peña de esta villa de Martos para escarmiento de traidores.

(Suena otra vez el atabal.)

REY

¿Y cómo el terrible fallo
oyeron los delincuentes?

CASTRO

Con noble serenidad.

REY

Sus almas son de buen temple,
y me huelgo de saber
que como soldados mueren.

(Corónanse de soldados las almenas del castillo. Un oficial distribuye otros por la loma que conduce de la villa a la peña. Otro coloca también centinelas en varios puntos para tener en respeto al pueblo, que saliendo de la villa va ocupando el cerro.)

Escena II

EL REY. CASTRO. SOLDADOS. PUEBLO.

CASTRO

Ya los arqueros asoman
por las almenas del fuerte.

REY

Y el populacho curioso
por la colina se tiende.

CASTRO

¡Que siempre atraigan al vulgo
espectáculos crueles!
Miradlos. Con menos ansia
asistieran a un banquete.

REY

¡Singular pasión! Y acaso
a los reos compadecen,
y si librarlos pudieran...

CASTRO

No haya miedo que lo intenten,
que está el cerro bien guardado
y hay cuatrocientos jinetes
entre la plaza y la vega.

(Sordo rumor y continuo movimiento de la muchedumbre de ambos sexos y de todas
edades que pugna por coger puesto. Los soldados los desvían con aspereza y procuran
imponer silencio.)

REY

Como soy que me divierte
aquel confuso bullicio.

CASTRO

Cubierto con esa verde
espesura nadie os ve.

(Siguen hablando aparte.)

UNA MUJER

¡Ave María! No apriete.

UN HOMBRE

Haga paso.

OTRO

¡Mari-Nuño,
por aquí!

OTRO

¡Niños de leche

a estas funciones! ¿No ve
que es fácil que la atropellen?

UNA MUJER

Lo traigo para que aprenda.

UN HOMBRE

¡Si apenas tiene seis meses!

UN SOLDADO

(A otro grupo.)

¡Eh! Poca bulla. Ya he dicho
que se callen y se asienten.

UN NIÑO

Madre, ¿dónde está la horca?

UNA MUJER

No hay horca.

UN NIÑO

Pues ¿cómo mueren?

UNA MUJER

¡Despeñados!

UNA JOVEN

¡Virgen madre!

OTRA

¡Qué horror!

UN HOMBRE

Y son inocentes.

UN SOLDADO

(Amenazando.)

¿Qué ha dicho?

EL HOMBRE

(Temblando.) Yo nada..., nada...

OTRO SOLDADO

¡Silencio! Nadie resuelle.

(Las amenazas de los soldados aterran a la multitud, y aunque siguen los murmullos con muestras de general descontento, ya nadie osa alzar la voz. Quién manifiesta oír a otro con curiosidad e interés; otros alzan las manos al cielo, o con diversas demostraciones mudas hacen ver la compasión que les inspiran los sentenciados.

Algunas madres y algunos ancianos se ponen el dedo en la boca como para contener a la juventud imprudente. La variada animación del cuadro, más o menos perceptible, no ha de cesar hasta el fin del acto.)

CASTRO

Aquí se acerca don Juan.

REY

Ya me tenía impaciente.

Escena III

EL REY. CASTRO. DON JUAN. CASTAÑEDA. LEIVA. SOLDADOS. PUEBLO.

(DON JUAN, CASTAÑEDA y LEIVA vienen por parte de la villa.)

REY

¿Llegó la hora? ¿Es negocio tan grave...?

JUAN

Señor, faltaba al freile de Calatrava degradar del sacerdocio.

REY

Si el prelado resistía...

JUAN

No, que os ha servido bien el obispo de Jaén.

REY

¡Le degrada don García!

JUAN

Teneisle a vuestra obediencia.

REY

Gran pena os habrá costado el conseguir del prelado

ese acto de complacencia;
que no sin cuenta y razón
a la corona real
su báculo pastoral
rinde mitrado varón.

JUAN

No es mucho que lo consienta
y a vuestro querer se dome,
pues Calatrava le come
los dos tercios de su renta.

(Suenan otra vez el atabal y, dentro en ángulo distinto, se repite el pregón; al oírlo se aumenta el murmullo popular, pero la tropa lo reprime.)

JUAN

Señor, vuestra autoridad.

REY

No os hagáis, tío, de nuevas.
Ya sabéis que tengo pruebas
de su buena voluntad.
Siento que el rostro me tuerza,
mas ¿qué me puede pedir
si yo le dejo elegir
entre el amor y la fuerza?
Doble la fe su rodilla
o dóblela el torpe miedo,
¿o qué importa? Contento quedo.
Todo es reinar en Castilla.
Mas ya el suplicio se apresta,
y pues no acosa el calor,
venid; desde el mirador
gozaremos de la fiesta.

LEIVA

Podrá achacar esa acción
el mundo a cruel deseo.
¡Ver un rey la cara al reo
sin concederle el perdón!

REY

¿Qué os importa a vos el juicio
que el mundo forme de mí?

LEIVA

Señor, mi celo... Creí...

REY

¡Eh! Callad.

LEIVA

Si es deservicio
dar un prudente consejo...

REY

Es consejo impertinente,
Leiva, y lo sufro indulgente
porque sois un pobre viejo.
Idos si os han de mover
los traidores a piedad,
y por sus almas rezad,
que bien lo habrán menester.
Yo, que privarme no quiero
de escena tan singular,
así el nombre he de ganar
de monarca justiciero.

Escena IV

LEIVA. SOLDADOS. PUEBLO.

LEIVA

¡Justicia, cuál se mancilla
tu santo nombre en la boca
del que así, oh mengua, te invoca!
¡Desventurada Castilla!

Escena V

EL REY. DON JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA. SOLDADOS. PUEBLO.

(El REY y su séquito aparecen en el mirador.)

SOLDADOS

¡Viva el Rey Fernando! ¡Viva!

(Dos o tres veces inclina el REY levemente la cabeza. El pueblo murmura.)

JUAN

Ved, señor, cuál se alborozan
al veros...

REY

Sí, los soldados.

UN SOLDADO

¡Viva el Rey!

OTRA

(A un hombre.)

Fuera esa gorra.

¡Viva el Rey! ¿No grita?

EL HOMBRE

(Con voz apagada.) ¡Viva!...

(¡Mala hora de Dios le coja!)

SANCHA

(Dentro.)

¡Dejadme! Yo lo he de hablar.

¡Justicia!

UN SOLDADO

¡Tened, señora!

Escena VI

EL REY. D. JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA. DONA SANCHA. SOLDADOS.
PUEBLO.

(Llega DOÑA SANCHA con el rostro pálido, el cabello descompuesto y gritando con desesperación; quiere penetrar en la quinta y los soldados se lo impiden.)

SANCHA

Es una maldad horrible
que la venganza provoca
del cielo. ¡Son inocentes!

(Nueva agitación del pueblo reprimida por los soldados.)

REY

¡Qué voz! ¡Doña Sancha ahora!...

SANCHA

¡Cruelles! Dejad que el Rey
me vea; dejad que oiga
la verdad...

JUAN
Este impensado
accidente...

REY
Más hermosa
la hace el despecho a mis ojos.
Pero si al pueblo alborota...

SANCHA
¡Allí está! ¡Señor, Señor!
Si en algo estimáis la gloria,
si al grito de la justicia
vuestra alma de rey no es sorda,
derogad esa sentencia
atroz, fiera, escandalosa.
¡Son inocentes!

SOLDADOS
(A los grupos del pueblo que se mueven con
marcado interés hacia donde se halla SANCHA.)
¡Atrás!

JUAN
(Al pueblo.)
El dolor que la acongoja,
amigos, turba su mente.
Era la hermana amorosa
de Benavides. La misma
que asesinado le llora,
por sus infames verdugos,
demente, ¡oh dolor! aboga.
Compadeced su delirio.

(El pueblo da muestras de compasión.)

SANCHA
Miente esa lengua traidora.
Yo deliro; el Rey lo sabe.
Yo lo juro por mi honra,
por mi vida, por mi alma.
Son inocentes. Sus obras

más que mi voz los defienden.
Otros merecen la nota
de asesinos; ellos no.

REY

Ea, prended a esa loca,
y conducidla a un encierro
donde en segura custodia...

(Los soldados vacilan.)

Obedeced.

(Varios soldados rodean a SANCHA en actitud de hacerla retirar.)

SANCHA

La verdad
ha de sonar en mi boca
mientras respire.

REY

¡Soldados!

UN HOMBRE

(A otro que va a embestir a los soldados.)
¡Quieto, que la guardia doblan!

(Acude en efecto armada.)

REY

¡Llevala! ¡Pesia mi saña!...

SANCHA

¡Apartad!... ¡Ah, que me ahoga
el dolor!... Matadme, impíos,
si su noble sangre es poca
para saciar a ese monstruo.
Madres, hermanas, esposas,
rogad, maldecid... ¡Dios mío!
¿Y es posible que aún no rompas,
pueblo oprimido, la férrea
cadena vil que te agobia?
¡Cobardes!

(Al son de atabales y trompetas aparecen por la loma y se dirigen al castillo el juez,
alguaciles, soldados y el verdugo.)

¡Ay! ¡El verdugo!
Yo... muero.

(Cae desmayada entre los soldados y se la llevan.)

JUAN
Llevala ahora.

Escena VII

EL REY. DON JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA. EL MERINO. EL VERDUGO.
ALGUACILES. ATABALEROS. SOLDADOS. PUEBLO.

REY
¿Habrá muerto?

CASTRO
No. Un desmayo...

REY
Id, Castañeda; volad.
Que velen por su salud.
Es bella..., y no es Carvajal.

(El MERINO, ALGUACILES, etc. llegan a la puerta del castillo; ábrese esta, sale el alcaide con los reos, que visten simples túnicas sin ningún distintivo; los entrega al JUEZ y vuélvese al castillo quedando otra vez cerrada la puerta. CASTAÑEDA baja del mirador, atraviesa el teatro y desaparece en la dirección que llevó DOÑA SANCHA. El rey sigue hablando con CASTRO y el INFANTE. Todos fijan la vista en la peña, el pueblo da vivas señales de curiosidad y compasión; los soldados vigilan con más atención y preparan sus armas. El sol empieza a nublarse y óyese algún trueno lejano.)

Escena VIII

EL REY. DON JUAN. CASTRO. DON PEDRO CARVAJAL. DON JUAN
CARVAJAL. EL MERINO. EL VERDUGO. ALGUACILES. ATABALERO.
SOLDADOS. PUEBLO.

UN HOMBRE
¡Allí están!

UN NIÑO
¡Allí!

UNA MUJER

¡Qué lástima!

UN HOMBRE

Aquel es Pedro; aquel es Juan.

OTRO

Ya le han quitado las órdenes.

UNA MUJER

¡Sacrilégio!

OTRA

¡Iniquidad!

UN SOLDADO

¡Silencio!

UN HOMBRE

¡Y era tan bueno!

UNA MUJER

¡Y don Pedro tan galán!

UNA JOVEN

¡Qué pena! ¡Morir así,
y en lo mejor de su edad!

OTRO SOLDADO

Punto en boca. Vea y calle
quien no los quiera imitar.

PEDRO CARVAJAL

(Abatido.)

¿Conque ya llegó el momento?

Sancha mía ¿dónde estás?

¿Quién dijera que en mis bodas

fuera esta peña el altar,

y mis preseas de novio

este infamado gabán

y áspero derrumbadero

mi tálamo conyugal!

JUAN CARVAJAL

Mostremos, hermano mío,

la noble serenidad
de cristianos y de nobles
en el término fatal,
y honrará nuestra memoria
la justa posteridad;
que sólo al malvado infaman
la cuchilla y el dogal.

PEDRO CARVAJAL

No siento por mí la muerte.
Por Sancha... ¡Ay Dios! ¿Qué será
de la infeliz? ¡Me ama tanto!...
¡Y llora en triste orfandad!;
y un tirano...

JUAN CARVAJAL

Su virtud
los cielos ampararán.
Allí lauro inmarcesible
guardado a los tres está.
Eleva el alma al empíreo,
y sobre ese lodazal
de miserias y de crímenes
no tiendas la vista más.
No se diga, Pedro mío,
que espanto ahora nos da
la muerte que en cien batallas
vimos con serena faz.
¿Qué es el dolor de un instante
si se llega a comparar
con la celeste ventura
de toda una eternidad?

PEDRO CARVAJAL

¡Oh! tú confortas mi espíritu.
¡Tu voz es voz paternal,
voz de Dios! Te imitaré.
Digno de ti me verás
hasta el postrimer instante.

REY

(A DON JUAN.)

¿Aún no da el juez la señal?
¿A qué aguarda?...

MERINO

Caballeros,
la hora pasó... Acabad.
Cumplid vos vuestro deber. (Al VERDUGO.)

PEDRO CARVAJAL
No lleguéis. Un Carvajal
no ha menester vuestro auxilio
para morir. Apartad.

JUAN CARVAJAL
¡Pedro! Esa vida no es tuya.
Tu valor es criminal.
Dios no te manda matarte,
sino dejarte matar.
Buen hombre, haced vuestro oficio.
¿Qué importa un ultraje más?
¡Así Dios lo ha decretado!
Cúmplase su voluntad.

PEDRO CARVAJAL
¡Dame el abrazo postrero!

JUAN CARVAJAL
¡Adiós! En la eterna paz
tornaremos a abrazarnos.

(Las nubes se condensan por instantes; los truenos, ya muy cercanos, se multiplican; parte del pueblo se va retirando a la villa huyendo de la tormenta que amenaza.)

JUAN
Horrorosa tempestad
nos amaga. Huid...

REY
(Turbado.) No puedo.
¡La mano de Satanás
me clava aquí!

UNA MUJER
¡Dios piadoso!

UN HOMBRE
Huyamos del temporal.

(Al desprenderse DON PEDRO CARVAJAL de los brazos de su hermano fija la vista en el mirador y exclama.)

PEDRO CARVAJAL

¿Qué veo! ¡El tirano allí!

¡Oh colmo de atrocidad!

¿Aún quieres en nuestra sangre (Gritando.)

los ojos apacentar?

Verdugo de la inocencia,

nuestra sangre caerá

gota a gota sobre ti.

El sol se niega a alumbrar

tu fiereza, y trueno horrible

la cólera celestial.

VOCES DEL PUEBLO

¡Perdón! ¡Perdón!

REY

(Esforzándose a ocultar su terror.)

No perdono.

(El teatro queda enteramente oscuro; sólo algún relámpago deja ver los objetos por intervalos; arrecia la lluvia; pocos del pueblo permanecen en la escena; los demás huyen consternados; EL REY queda solo en el mirador haciendo vanos esfuerzos para retirarse.)

Escena IX

EL REY. DON JUAN CARVAJAL. DON PEDRO CARVAJAL. EL MERINO. EL VERDUGO. SOLDADOS. PUEBLO.

JUAN CARVAJAL

Yo tengo de ti piedad,

y te perdono, infeliz;

mas mi perdón ¿qué valdrá?

Escucha, ¡y oídme todos!

Mi labio pronto a espirar

mueve inspiración celeste.

Pues tu inaudita crueldad

sin oír nuestra defensa

ni la acusación probar

nos condena, yo te cito

al divino tribunal;

allí donde no hay quien ponga

mordazas a la verdad,

ni son razones las lanzas

cuando falla un juez venal.
Treinta días es tu plazo.
Treinta días vivirás.
Cuéntalos bien, no los pierdas;
que irán y no volverán.
¡Cuéntalos bien!
(Al VERDUGO.) Vos, ahora
la sentencia ejecutad.

(Los CARVAJALES se dan las manos vueltos hacia el bastidor de la derecha, y en el momento de ser precipitados por el verdugo oye un trueno espantoso, y un grito universal; el REY cae en tierra sin sentido, y baja el telón.)

ACTO IV

Arboleda en las inmediaciones de Jaén, que termina en una quinta, cuya fachada y puerta principal se ven en el foro. Habrá algunos bancos de césped.

Escena I

EL REY. DON JUAN. EL MÉDICO. CASTRO. CASTAÑEDA. CABALLEROS.

(El REY, pálido, doliente, melancólico, pasea lentamente sostenido en los brazos de CASTRO y el MÉDICO. DON JUAN y los demás caballeros le siguen.)

REY
Más despacio, más despacio.
Hoy apenas tengo aliento
para moverme.

CASTAÑEDA
(Aparte a DON JUAN.)
Hoy está
de remate. Aquel aspecto
es mortal. Creo que pronto
vacará en Castilla un cetro.
Preparaos...

JUAN
¡Oh si fuera
aquel pronóstico cierto!
Pero es quimera. Jamás

he creído yo en agüeros
ni profecías.

CASTRO

No obstante,
desde el trágico suceso
de Martos, un solo día
de salud y de sosiego
no ha lucido para el Rey,
y su mal es más acerbo
cuanto más se acerca el fin
del terrible emplazamiento.

REY

¡Ah!... No puedo más...

MÉDICO

Sentaos.
Basta por hoy de paseo.

(Ayudado por el MÉDICO y CASTRO se sienta el REY en un banco.)

REY

¿Tan escasa es vuestra ciencia,
doctor, que no halláis remedio
para esta fiebre tenaz
que me consume?

MÉDICO

No advierto
síntomas graves aún.
Al contrario, va en descenso
la calentura. Los aires
de Jaén, a lo que observo,
os mejoran.

REY

Bien hicisteis
en sacarme de aquel pueblo
de maldición. Pero ¿adónde,
adónde iré que el siniestro
fantasma de aquella peña
no me aterre?

JUAN

Esos recuerdos

acrecientan vuestro mal.
Lanzadlos del pensamiento.

REY

¿Esperáis curarme pronto?

MÉDICO

Si no hacéis ningún exceso
y procuráis desechar
esos terrores funestos,
en breve, mediante Dios,
que os restablezcáis espero.

REY

¿Cuándo?

MÉDICO

Señor, no es posible...

REY

¿Cuándo?

MÉDICO

Eso, lo sabe el cielo.

REY

¿Y tú no?

MÉDICO

No llega a tanto
mi ciencia.

REY

Pues ¿qué es un médico?
¿De qué aprovecha, si ignora
lo que no sabe el enfermo?

MÉDICO

La práctica y el estudio
no siempre son del acierto
prendas seguras, que todo
al error está sujeto
en el mundo. Conocida
la enfermedad...

REY

¡Por san Pedro!
¿Necesito yo un doctor
para saber que padezco?

CASTRO
No os inquietéis.

MÉDICO
Dadme pues
licencia, si aquí mi celo
es inútil.

REY
Esperad.
Tenéis entrañas de perro.
¿Queréis dejarme morir?

MÉDICO
Si no domáis ese genio,
vos mismo os daréis la muerte.

REY
Veintisiete años no cuento
todavía, y ¡verme así!...
¡Y envidiar al más abyecto
de mis vasallos, yo Rey;
yo cuyo poder supremo
del mar cántabro se extiende
hasta el gaditano estrecho!
¡Yo para el placer nacido,
yo a quien nadie pone freno,
ni lanzar puedo un venablo
contra el jabalí soberbio,
ni sobre dócil bridón
señorearme caballero,
ni alegrarme en los festines,
ni triunfar en los torneos,
ni en voluptuosos delirios
el trono olvidar y el tiempo!
Si fueras tú quien yo soy
y viérase cual me veo,
tú te desesperarías
como yo me desespero.

MÉDICO
No hay medicina en el mundo

contra ese fatal despecho,
si la razón no lo ahuyenta.
La razón... Bien; te obedezco,
pues mandar al alma quieres
sobre atormentar el cuerpo.

MÉDICO

Yo, señor...

REY

¡Y a los monarcas
llama tiranos el pueblo!
Nunca fueron tan tiranos
los reyes como los médicos.
¿Qué me ordenas?

MÉDICO

(Pulsándole.) Por ahora
nada, pues tranquilo os veo,
y el pulso es menos frecuente;
y pues no es grata a los siervos
la presencia del tirano,
aquí en libertad os dejo;
mas cuando decline el sol
retiráos, yo os lo ruego;
que en las noches de setiembre
es peligroso el sereno.

Escena II

EL REY. DON JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA. CABALLEROS.

CASTRO

De la boca del doctor
al fin ya salió un precepto
tolerable.

CASTAÑEDA

Es un inepto.

CASTRO

Extremado es su rigor.

CASTAÑEDA

Si él os ha de dar auxilio,

no esperéis...

CASTRO

¿Cómo podría
curaros de hipocondría
si es más serio que un concilio?

CASTAÑEDA

Su sistema os empeora
cada día.

CASTRO

Y, vamos claros,
acaso para mataros
le pague mano traidora.

REY

(Cavilando.)
Hoy lunes... ¿Cuántos del mes?

CASTRO

¡Eh, señor!...

REY

¿Cuántos, don Juan?

JUAN

Cuatro.

REY

¿Cuatro días van?
¡Ya sólo me quedan tres!
¡El jueves! ¡Terrible jueves!...

JUAN

Desechad...

REY

¡Horas amargas!,
¡para el tormento tan largas,
para la vida tan breves!
Ya la voz de Dios retumba,
ya en mí descarga su brazo,
ya me acuerda el negro plazo
Carvajal sobre la tumba.
¡Ni esperanza, ni perdón!

¡Ni el empíreo, ni el infierno
borrarán del libro eterno
mi día de maldición!

CASTRO

Vano terror os fascina.

CASTAÑEDA

¿Dais crédito?...

CASTRO

¡Pesia tal!...

¡Intérprete un Carvajal
de la voluntad divina!

JUAN

Si cruel fue la sentencia,
horrible la culpa fue.

REY

Yo su crimen no probé...

JUAN

Mejor que ellos su inocencia.

CASTAÑEDA

Para obrar tal maravilla
¡qué austeros anacoretas!

CASTRO

El tiempo de los profetas
pasó ya para Castilla.

REY

Pienso que tenéis razón.
Como ha días que no duermo,
delirio, aprensión de enfermo...

CASTAÑEDA

Pues ¿quién lo duda? Aprensión.

JUAN

(Aparte a CASTAÑEDA.)
Y a qué fin curarle de ella?

CASTAÑEDA

(Aparte a DON JUAN.)
¡Eh! Si Dios contó sus días,
ni tristezas ni alegrías
desmentir podrán su estrella.

REY

¿Si yo ahora os excomulgo,
qué servirá mi anatema?

CASTRO

Aquello fue estratagema
para sublevar al vulgo.

REY

¡Qué flaqueza! Sí, me río
de esas necias predicciones.
Si valieran maldiciones,
¿qué fuera ya de mi tío?

(Todos ríen menos DON JUAN.)

JUAN

Recobrad, aunque a mi costa,
la alegría y la quietud.

CASTRO

Reíd. La risa es salud.

CASTAÑEDA

Os curaréis por la posta.

CASTRO

Y antes que el vital estambre
os corte, alejad de aquí
a ese doctor baladí
que os está matando de hambre.

REY

La fiebre...

CASTAÑEDA

(Tomándole el pulso.)
Dadme... No hay fiebre.

REY

¿Cierto?

CASTAÑEDA

Al que de esa manera
os engaña, yo le diera
de comer en un pesebre.
¿Hay apetito?

REY

Sí; ya...
presumo...

CASTAÑEDA

¡Sea en hora buena!
Pues esta noche, gran cena.
El Infante pagará.

JUAN

Mi mayor gozo sería...
(Aparte con CASTAÑEDA.)
Mirad...

CASTAÑEDA

Os saldrá barata
si, antes que el terror, le mata
una buena apoplejía.

REY

Acepto, que sin placer
no me quiero consumir.
No comer por no morir
es morir de no comer.
Afuera el vano terror.
Si el plazo se cumple, es justo
que yo me muera a mi gusto
y no a gusto del doctor.

CASTAÑEDA

Ya estáis mejor; ya se ensancha
ese corazón.

CASTRO

Y luego...,
si hay damas

REY

¡Oh si a mi ruego
se rindiera doña Sancha!

No me asustarían plazos
si tanta fuera mi suerte.
Venga en buen hora la muerte
como yo muera en sus brazos.

CASTRO

Vos la tenéis en prisión,
y oprimir y amenazar
es mal medio de ganar
un altivo corazón.
Fingid que os duelen sus penas,
cuando libre se juzgue
la lisonja la sojuzgue
y dore amor sus cadenas.

REY

Rogar yo sin esperanza
cuando el orgullo la ciega

CASTRO

Con el silencio se ruega;
con la paciencia se alcanza.

REY

Hazla venir al instante.
¡Esa mujer es mi signo!

CASTRO

Sed primero Rey benigno
y después rendido amante.

Escena III

EL REY. DON JUAN. CASTAÑEDA. CABALLEROS.

CASTAÑEDA

Apenas rompéis el yugo
de ese médico maldito,
al rostro vuelve el color,
cobran los ojos su brillo.

REY

Acertado fue el consejo.
El cuerpo siente más brío
y pensamientos más gratos

en el corazón abrigo.

Escena IV

EL REY. DON JUAN. CASTAÑEDA. LEIVA. CABALLEROS.

LEIVA
¡Albricias, Señor!

REY
¿Qué nueva?...

LEIVA
Alcaudete se ha rendido.

REY
¿Es cierto?

CASTAÑEDA
¡Gloria a Castilla!

LEIVA
Cansados del largo sitio
ayer dieron el asalto
vuestrós guerreros invictos.
Los que osaron defenderse
pasados fueron al filo
de la espada triunfadora;
los demás gimen cautivos.

REY
¡Feliz jornada! ¿Y mi hermano?
¿Cómo no habláis del caudillo?

LEIVA
El Infante mi señor,
dejando leal presidio
en el fuerte conquistado,
veloz se ha puesto en camino
con su ejército animoso.
Yo solo le he precedido
corto espacio...

CASTAÑEDA
¿No lo veis?

Todos son ya regocijos.

JUAN

(No para mí, que pudiera
correr ahora peligro
mi privanza.)

REY

(Se levanta, y DON JUAN y CASTAÑEDA acuden
a sostenerle.)

No. Dejadme.

Ya veis que la planta afirmo
sin que me ayudéis. En tanto
que otros con capa de amigos
quizá contra mí conspiran,
mi fiel hermano...

(Sale SANCHA de la quinta, y se dirige lentamente adonde está el REY.)

¿Qué miro!

¡Es Sancha! Dejadme solo.

JUAN

Señor...

REY

¡Qué molestia! Idos.

Escena V

EL REY. DOÑA SANCHA.

REY

¡Sois vos, doña Sancha! Os veo
y mi ventura no creo;
que es exceso de indulgencia
honrar con vuestra presencia
a quien se confiesa reo.
Si es vuestro objeto, bien mío,
quejaros de mi rigor,
de amor fue mi desvarío,
y pues sabéis qué es amor
que me perdonéis confío.
Yo os vuelvo sin condición
la perdida libertad.

Sólo os pido en galardón
que miréis mi ceguedad
con ojos de compasión.

SANCHA

Sí, no hay duda, estáis muy ciego,
pues en torpe inútil fuego
el alma os dejáis arder,
y a Dios no eleváis el ruego
que desdeña una mujer.
Contra firme voluntad
que la cárcel no amedrenta
¿qué vale falsa piedad?
Prefiero vuestra crueldad,
que ella al menos no me afrenta.
Cuando de prisión salía
juzgué que ya no os vería,
ni severo, ni clemente;
ya no creí que esa frente
osara alzarse a la mía.
Libertad es don de Dios,
mas ni eso quiero de vos;
que el más negro calabozo
sitio es para mí de gozo
si nos separa a los dos.

REY

¿Eso merece la fe
del que a tus pies rinde un trono?
Es cierto que te agravié,
¿mas será, Sancha, tu encono
mayor que mi culpa fue?
Baste a expiar mi delirio
este horroroso martirio
que me consume letal,
como el recio vendaval
seca las hojas del lirio.
Sombra no soy del que fui;
doliente y lánguido muero.
¡Oh! ten lástima de mí,
que sólo la vida quiero
para consagrarla a ti.

SANCHA

Sí, la imagen de la muerte
veo en tu rostro, y mi suerte

ya no puedo maldecir;
que si amargura es el verte,
consuelo es verte morir.
¡Y sordo al remordimiento
fundas en mí tu esperanza!
¡En mí, que soy instrumento
de la divina venganza,
y me gozo en tu tormento!

REY

¿Qué has dicho? ¡Tanta ojeriza...!
Libradme, Dios sempiterno,
de esa mujer que me hechiza.
Ese mirar me horroriza;
esa risa es del infierno.
¿Quién te trajo a mi presencia?
Tú con venenoso jugo
me diste mortal dolencia...

SANCHA

El delito es tu verdugo,
tu veneno es la conciencia.

REY

Mas aún puedo tu tradición
castigar...

SANCHA

Arma tu mano;
traspásame el corazón.
La muerte es el solo don
que acepto yo de un tirano.

REY

(Saca un puñal.)
Muere, muere, desdichada...
¡Oh cielo! ¿Qué mano helada...?
¡Aparta! ¡Suelta el puñal!...
Una sombra ensangrentada...
¡La sombra de Carvajal!...

¡Oh! ¡Piedad! ¡Piedad! Yo muero.

(Cae aterrado en un banco.)

Escena VI

EL REY. DOÑA SANCHA. DON JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA.

(Todos salen corriendo a socorrer al REY.)

JUAN
¡Señor!...

CASTAÑEDA
¡Doña Sancha aquí!

CASTRO
¡Y en vuestra mano un acero!

JUAN
¿Qué intentó?...

REY
¡Fantasma fiero,
huye! ¡Apartadle de mí!

CASTRO
Débil la imaginación
os finge horrible visión.
Sólo veo a una mujer.
¿Qué podéis de ella temer?
Recobrad vuestra razón.

CASTAÑEDA
Calla y os mira altanera,
y el corazón rencoroso
descubre su faz severa.

JUAN
Si importa a vuestro reposo,
muera doña Sancha.

CASTAÑEDA
Muera.

REY
¡No más sangre! ¡Antes mi muerte!
¡No más!

SANCHA

Infante de España,
pruebe una mujer tu saña.
Hiérame ese brazo fuerte...,
que es digna de ti la hazaña.

REY

¡Ay del que osare ofendella!
Su cabeza haré caer.
Libre sea esa mujer;
mas lleve lejos su huella
donde no la torne a ver.

SANCHA

Triunfo será para mí
que el terror te inspire así.
Si es piedad, no la agradezco,
porque la vida aborrezco
como te aborrezco a ti.
Ni la estampa de mi pie
quieres ver más, ¡ay dolor!
¿adónde lo llevaré
si me privó tu furor
de cuanto en el mundo amé?
Triste, errante, peregrina...

(Mirando al bastidor de su izquierda.)

Mas un templo veo allí
sobre fragosa colina.
Él sea mi asilo. A ti
me acojo, bondad divina.

Escena VII

EL REY. DON JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA.

REY

¡Oh cobardía! ¡Oh flaqueza!
Vida de afán y de angustias,
¿por qué te amo todavía?
¿Por qué me espanta la tumba?

CASTAÑEDA

¿Otra vez la negra imagen
de la muerte os atribula?

CASTRO

Señor, sin duda la dieta
vuestro cerebro perturba.
Comed, bebed, alegraos,
que así al diablo se conjura.
Mirad, vuestro hermano llega,
y su venida os anuncia
más felices horas...

Escena VIII

EL REY. DON JUAN. CASTRO. CASTAÑEDA. DON PEDRO. LEIVA. DON
MENDO. OFICIALES del séquito de DON PEDRO.

REY

(Levantándose.) ¡Pedro!

PEDRO

(Va a arrodillarse y el REY le abraza.)
Señor, vuestra planta augusta...

REY

¿Qué haces? No. Ven a mis brazos.

PEDRO

¡Hermano mío!

REY

¡Oh ventura!
¡Cuánto tu vista anhelaba!
Ella mis penas endulza
y mi pecho fortalece.

PEDRO

No esperaba mi ternura
en tal estado encontrarte.

REY

Postró mi salud robusta
no sé si obstinada fiebre,
o terror fatal que nunca
debió triunfar de mi esfuerzo;
mas tu presencia me cura
de fiebres y de aprensiones,

¡oh hermano, oh firme columna
de mi imperio!

PEDRO

En esa dicha
toda mi ambición se funda.
¿Vos, tío, no me abrazáis?

JUAN

(Abrazándole tibiamente.)

Mi afecto se congratula...

(Fuerza es fingir.)

PEDRO

(Al REY.) Presos quedan
en el castillo de Andújar
los freiles de Calatrava
que temerarios acusan
a su Rey...

REY

No me recuerdes
aquel día de amargura...

PEDRO

Yo, soldado, no examino
si fue justa o no fue justa
la sentencia. Vos firmasteis,
y vuestra sea la culpa
o la gloria. El labio mío
ni os aplaude, ni os acusa.

REY

Basta.

(A media voz.)

Tu hueste ¿es leal?

(DON JUAN habla aparte con CASTAÑEDA, CASTRO y otros caballeros. LEIVA
forma corro con los del séquito de DON PEDRO.)

PEDRO

Con mi obediencia y la suya
podéis contar.

REY

Está bien.

PEDRO

Si hay algún traidor...

REY

Sí. Escucha.

(Siguen hablando en voz baja el REY y DON PEDRO.)

JUAN

¿Qué os parece, ricos-hombres?
Porque ha vencido a una turba
de cobardes sarracenos
ya don Pedro no os saluda,
y con su altivo ademán
dijérase que os insulta.

CASTRO

En los fraternos halagos
con preferencia se ocupa;
y si el triunfo le envanece
su mocedad le disculpa.

CASTAÑEDA

Mas los nobles que desprecia,
no en una lid, sino en muchas,
ya habían ganado palmas
cuando él lloraba en la cuna.

JUAN

Habla a Fernando en secreto.
Tal vez su labio os calumnia,
y vuestros cargos y honores
quiere dar a sus hechuras.
Tal vez...

REY

Valientes guerreros,
reposad, y a nuevas luchas
preparad los fuertes brazos
que mi dosel aseguran.

(Los de la comitiva de DON PEDRO saludan y parten por la derecha.)

(A DON PEDRO apretándole la mano.)

Adiós, caro hermano.

PEDRO

El cielo
la salud te restituya.

(Vase siguiendo a los suyos.)

REY

(A los demás caballeros.)
Idos. Vos, don Juan, quedaos.

CASTRO

(Don Juan, tu poder caduca.)

(Los caballeros entran en la quinta. Empieza a oscurecer.)

Escena IX

EL REY. DON JUAN.

REY

(Sentado.)
Noble infante don Juan, mi amado tío,
mayordomo mayor de mi corona,
vos grande entre los grandes de Castilla,
vos mi maestro, mi fanal, mi norma,
oíd. De vuestras pródidas lecciones
nunca he necesitado como ahora.

JUAN

Procurar vuestro bien es mi conato.
(Nunca en su labio oí tanta lisonja.)

REY

Esta dolencia que mi cuerpo aflige
llena el alma de afán y de congoja.
Soy pecador y el cielo me castiga.
Don Juan, yo debo desarmar su cólera
antes que suelte en la profunda huesa
el peso de esta vida que me agobia.

JUAN

Señor, ¿qué habláis de huesa? Largos días
el cielo os guarda de salud, de gloria...

REY

Yo daré gracias humillado al cielo
si mi vida benéfico prolonga,
mas cada hora que el cristiano vive
la debe contemplar su última hora.

JUAN

(Si devoto se vuelve, soy perdido.
Por el menor escrúpulo de monja
me ahorcará sin piedad.)

REY

Los Carvajales
no se apartan, don Juan, de mi memoria.

JUAN

Público fue su crimen. Si al proceso
la observancia faltó de leves fórmulas,
vil rebelión alzaba la cabeza
y rápida justicia aterradora
la debió sofocar.

REY

¡Fallo terrible,
escarmiento horroroso que la historia
grabará con sangrientos caracteres!
Justo sin duda fue pues que lo abona
sincero vuestro labio; mas decidme,

(Se levanta.)

¿sólo aquel acto de justicia pronta
me demandaba el cielo?, ¿fue la vara
de esa justicia que don Juan invoca
recta siempre en mi mano?, ¿es digno de ella
quien ciego o pusilánime la dobla
al capricho, al temor?, ¿o por ventura
sólo alcanza el poder de mi corona
al flaco, al indefenso, al oprimido?,
¿sólo a aquellos hidalgos, cuyas sombras
tal vez han perturbado vuestro sueño,
la fama infieles súbditos pregonan?,
¿no hay ya, don Juan, malvados en Castilla?,
¿ya no teméis que la feroz discordia
fíe otra vez sus teas infernales

a alguna mano pérfida y traidora?,
¿no hay alguna cabeza que debiera
a mis plantas caer, bien que orgullosa
tal vez se quiere alzar sobre la mía?
¡Tembláis! Quien viera, tío, esa zozobra
diría... Recobraos.

JUAN
No... Me inquieta...
sólo vuestra salud...

REY
Mucho os importa;
lo sé, mas la del cuerpo es lo de menos;
la del alma, don Juan, es más preciosa.
El cielo por mis culpas irritado
una víctima pide expiatoria.
¡Su voluntad se cumpla!

JUAN
¿Y es posible
que así un vano terror os sobrecoja?
¿De qué puede acusaros la conciencia?...

REY
No es mi conciencia la que clama ahora.

(El teatro es ocupado por soldados de DON PEDRO que acaudilla DON MENDO.)

JUAN
¿Cuál pues? ¿Será... la mía? Horrible ceño
anubla vuestra frente; en vuestra boca
sonrisa amarga... Hablabais de una víctima...

REY
La víctima sois vos.

JUAN
(Volviendo la cabeza.)
¡Cielo!... ¡Alevosa
tradicción! ¡Amigos!...

REY
Gritaréis en vano.

JUAN

Señor...

REY

A Dios pedid misericordia.

(Entra en la quinta.)

Escena X

DON MENDO. DON JUAN. SOLDADOS.

JUAN

¡Oh don Pedro, don Pedro!... Bien temía...

MENDO

Dadme, don Juan, la espada.

JUAN

¡En tal deshonra
me he de ver! ¿Dónde están mis lanzas fieles?
¿Dónde...? ¡Socorro! Todos me abandonan.

MENDO

Daos preso.

JUAN

(Desenvainando la espada.)
Antes

MENDO

Matadle si resiste.

JUAN

Tomad.¿Dónde?...

MENDO

Al castillo de Carmona.

JUAN

Y allí... morir...

MENDO

Lo ignoro. Soy soldado.
Sólo callar y obedecer me toca.

(Al retirarse DON JUAN por la derecha entre los soldados de DON PEDRO, aparece DOÑA SANCHA por la izquierda y, lentamente, se dirige al centro del teatro, alumbrado por la luna.)

Escena XI

DOÑA SANCHA.

¿Adónde voy, desdichada?
Cielos, ¿qué ordenáis de mí?
¡Yo os he pedido la muerte
y mi súplica no oís!
Debo acatar vuestras leyes,
perdonad si os ofendí;
mas para un ser condenado
a no ver hora feliz
no hay suplicio comparable
al suplicio de vivir.
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!
Muerta al mundo y a mí misma
de mi vida en el abril,
ni de amor blandos acentos
me pueden ya seducir;
ni la amistad, ni la sangre
me ligan, oh mundo, a ti;
ni la esperanza me alienta
de más grato porvenir,
y es el mayor de mis males
no ver a mis males fin.
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!
Si recuerdo que mi infancia
meció cuna de marfil,
ni aun me sirve de consuelo
el recordar lo que fui;
que como flor que se agosta
al brotar en el jardín,
antes que el aura de vida
la saña del cierzo vi,
y siempre fue mi destino
esperar, temer, gemir.
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!
Todo es para mí desierto

en este mundo infeliz.
Sol, que doquiera mereces
mil bendiciones y mil,
yo cual ave de la noche
me escondo al verte lucir,
y por vivir a lo menos
de la muerte en el confín,
entre ruinas y sepulcros
quisiera sólo vivir.
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!
¡Oh peña, peña de Martos!
Si el esposo que perdí,
víctima de atroz venganza
y de la envidia más vil,
aún yace a tu pie insepulto,
allí está mi mundo, allí.
Volemos. Dios bondadoso,
vos mi planta dirigid...
¡Ah! Las fuerzas me abandonan...
¡Lejos de él voy a morir!
¡Ay de mí,
que en hora amarga nací!

(Cae desalentada sobre un banco. DON GONZALO CARVAJAL llega, vestido de peregrino, por el bastidor de la derecha más inmediato a la quinta.)

Escena XII

DOÑA SANCHA. DON GONZALO CARVAJAL.

GONZALO CARVAJAL
(No ha de estar lejos su huella,
que si el informe no miente
de mi leal confidente...

(Viendo el bulto y acercándose.)

¡Una mujer!... ¿Será ella?)

SANCHA
(Levantándose asustada.)
¡Oh Dios! ¿Quién?...

GONZALO CARVAJAL

Solo y sin guía
perdí en la noche el camino.
Soy un pobre peregrino...

SANCHA
(Reconociéndole.)
¡Ah! Gonzalo!

GONZALO CARVAJAL
¡Hermana mía!

(Se abrazan.)

SANCHA
¿Sabes...? ¡Ay!

GONZALO CARVAJAL
Todo lo sé.
No bien llegó a mi noticia
la atroz, bárbara injusticia,
cuando a vengarla volé.
Por estos sotos vagando,
a favor de mi disfraz,
juré libertarte audaz
de las garras de Fernando;
mas él me excusó esta tarde
tan loca temeridad
dándote la libertad
arrepentido o cobarde.

SANCHA
¿Qué es libertad sin ventura?
¿Qué es la vida sin mi esposo?
Sólo hay para mí reposo
en su yerta sepultura.
Mas, ¡ay! ni de este consuelo
gozarán mis tristes ojos,
que los sangrientos despojos
pasto de fieras... ¡Oh cielo!

GONZALO CARVAJAL
Calma, Sancha, tu aflicción.
De piadoso el Rey se alaba,
y no negó a Calatrava
la gracia de un panteón.

SANCHA

Allí mi postrer abrazo
daré con el ay postrero
al bien que amé.

GONZALO CARVAJAL

No. Primero
Dios cumpla el tremendo plazo.
¿No te anima esa esperanza?
Vive tres días, no más,
y a la tumba llevarás
el placer de la venganza.
Yo puedo tal vez en tanto,
mensajero de la muerte,
precioso don ofrecerte
que te bañe en dulce llanto.

SANCHA

¿Qué don...?

GONZALO CARVAJAL

Ven a la ciudad.
Este sitio es peligroso...
Ven al asilo piadoso
que prevengo a tu orfandad.
Sacra urna encierra allí
el corazón que te amó
También era amado yo.
El tuyo, ¡oh Juan! para mí.

SANCHA

¡Oh cielo!, yo te bendigo.

GONZALO CARVAJAL

Con ambos me quedaría,
mas ¿no eres ya hermana mía?
Partiré mi bien contigo.

SANCHA

(Tomando la mano de DON GONZALO.)

¡Ah! Guíame... ¡Santo Dios,
tiende propicio tus manos
a dos míseros hermanos
que lloran por otros dos!

ACTO V

Cámara del REY en Jaén. La puerta de entrada a la derecha del actor; la del dormitorio a la izquierda; al lado de esta, otra pequeña; en el foro un balcón grande.

Escena I

ROBLEDO. RUPÉREZ.

ROBLEDO

Pues la cámara del Rey
ya está aseada y compuesta,
vámonos, Rupérez.

RUPÉREZ

Larga
parece que va la gresca
de risotadas y brindis.

ROBLEDO

Dos horas hace que almuerzan.

RUPÉREZ

¡Bravamente se desquita
nuestro buen Rey de la dieta
que ha sufrido!

ROBLEDO

¿Has visto tú
quién le acompaña en la mesa?

RUPÉREZ

Hernán Rodríguez de Castro,
Villalobos, Castañeda...

ROBLEDO

Harto será que don Pedro
tome parte en esa fiesta.

RUPÉREZ

No. Ya sabes que le ocupan
los cuidados de la guerra...

ROBLEDO

Sin duda está meditando
otra militar empresa.

RUPÉREZ

Mal gusto tiene el Infante.
Preferir crudas peleas
a placeres y regalos...
¡Ah Robledo! ¡Que no fuera
infante yo de Castilla!

ROBLEDO

No envidiara esa prebenda
si el cielo me reservase
el fin que a don Juan espera.

RUPÉREZ

¿No sabes que se escapó?
¡Buen fin por cierto! Ahora empieza.

ROBLEDO

¿Cierto?

RUPÉREZ

El oro puede mucho
y el campo no tiene puertas.

ROBLEDO

¿Y adónde?

RUPÉREZ

No sé.

ROBLEDO

Sin duda
a los moros, que es ya vieja
esa costumbre en don Juan.

RUPÉREZ

Anoche llegó la nueva.

ROBLEDO

¿Y el Rey...?

RUPÉREZ

Bramando de cólera

puso a precio su cabeza.
Pero, di: ¿no es un portento
cómo ha cobrado la fuerza
y la salud en tres días?

ROBLEDO
Con efecto.

RUPÉREZ
Era muy necia
su aprensión. Desde que dijo:
fuera doctor, vida nueva,
venga vino, vengan aves
y echemos a un lado penas,
es otro hombre. Y le has de ver
como un rollo de manteca
muy pronto si sigue así.
Y luego dicen que secan
las maldiciones. ¡Bobada!
Y aún habrá sandios que crean
porque el otro le emplazó...
Hoy que se cumplen los treinta
está tan sano y tan tieso
que vaya, vaya, simplezas.

ROBLEDO
Mientras el plazo no espire...

RUPÉREZ
Ni siquiera lo recuerda...

ROBLEDO
Bien pudo hacer Dios intérprete
de su justicia suprema...

RUPÉREZ
¿A un traidor?

ROBLEDO
La voz del pueblo
atestigua su inocencia,
y es voz de Dios.

RUPÉREZ
O del diablo.
Y en fin no seas babieca.

No puede ser inocente
hombre a quien el Rey condena.

ROBLEDO
Basta que lo digas tú.
Mas ¿qué rumor...?

RUPÉREZ
(Acercándose a la puerta de la derecha.)
¿Quién se acerca?...
¡Cielos! El Rey... Desmayado...
Muerto tal vez... Aquí llega...

ROBLEDO
Y ahora ¿qué dirás, Rupérez?

RUPÉREZ
No sé... Las carnes me tiemblan.

Escena II

RUPÉREZ. ROBLEDO. EL REY. CASTRO. CASTAÑEDA. LEIVA. CABALLEROS.

(El REY llega desmayado entre CASTRO, CASTAÑEDA y otros dos caballeros, que ayudados por los dos camareros le colocan en un sillón.)

CASTRO
Ayudad...

RUPÉREZ
¡Pobre Señor!

CASTRO
¿Qué haremos?

ROBLEDO
No da señales
de vida.

CASTRO
Traed cordiales...

CASTAÑEDA
Llamad volando al doctor.

(Vase RUPÉREZ.)

LEIVA

(Llegando.)

¿Qué desgraciado accidente...?

CASTAÑEDA

¡Mirad, Leiva! Hace un momento
que estaba sano, contento;
y, ya lo veis, de repente...

LEIVA

Sin duda es alferecía.

CASTAÑEDA

Yo presumo que el pulmón...

ROBLEDO

Una fuerte indigestión...

CASTRO

Digo que es apoplejía.

CASTAÑEDA

Conduzcámosle a su lecho...

ROBLEDO

El aire libre es mejor.

LEIVA

Alguna reliquia...

CASTRO

¡Error!

Un baño le hará provecho.

CASTAÑEDA

Eso es quererle matar.

LEIVA

Ya parece que respira.

CASTRO

Los ojos abre, y suspira.

CASTAÑEDA

Ya los ha vuelto a cerrar.

Escena III

EL REY. CASTRO. CASTAÑEDA. LEIVA. ROBLEDO. RUPÉREZ. CABALLEROS.
EL MÉDICO.

CASTRO

¡Ah doctor! Está muy malo.

CASTAÑEDA

¡Acudid!

(El MÉDICO pulsa al REY y le observa.)

LEIVA

¿Teméis que muera...?

CASTRO

¿Qué decís...?

ROBLEDO

(¡Que no le viera
agonizar don Gonzalo!)

MÉDICO

Fiebre mortal le devora.
Si el santo Dios de Israel
no hace un milagro con él,
no vive el Rey una hora.

REY

¿Dónde estoy?... ¿Quién es ese hombre?

LEIVA

El doctor...

REY

(Con voz muy débil que en vano quiere esforzar.)

¡Oh qué porfía!

¿No he dicho que no quería
ni verle ni oír su nombre?

Un leve insulto... No temo
a la muerte. Mi salud...

MÉDICO

Sí, tal vez hay plenitud...
Una sangría...

REY

¡Blasfemo!
Ya tu intención adivino.
¡Sangrarme! Es una maldad.
De sus garras me librad.
Prendedle. Es un asesino.

LEIVA

Fiad, Señor, en su ciencia
y en su probada virtud.
No miréis vuestra salud
con tan loca indiferencia.

MÉDICO

¡En buena hora por cierto
vuestro labio me insultó!
¿Qué interés tuviera yo
en asesinar a un muerto?

GRITO GENERAL

¡¡¡Oh!!!

MÉDICO

Quien así me denigra
o merece un desengaño,
mas no quiero vuestro daño.
¡Rey!, vuestra vida peligra.

REY

¡Impostor!

MÉDICO

Con noble calma
vuestra cólera provoco,
que arriesgar mi vida es poco
porque vos salvéis el alma.

REY

¡Por san Millán!...

MÉDICO

¡Ay de vos

si estos instantes perdéis
y contrito no volvéis
el alma, Fernando, a Dios!
Él sólo en trance tan fuerte...

CASTRO

(Al REY.)

Permitid que la sangría...

MÉDICO

(Observando de nuevo al REY.)

¡Es tarde ya! Serviría
para acelerar su muerte.
Ya aquí es ocioso el doctor.
Me dais lástima, y os dejo,
pero tomad mi consejo.
Llamad pronto al confesor.

REY

De Lucifer es tu arte,
mas fuerza habrá que lo enfrene,
y si el sacerdote viene
será para excomulgarte.
Prened, matad al villano...
¿No obedecéis? ¿Nadie habrá
que me vengue? ¿No soy ya
vuestro Rey? Mi propia mano...

MÉDICO

¡Tu mano! ¡Prueba siquiera
a levantarte de ahí!

REY

(Pugna sin fruto por alzarse del sillón.)

¡Desventurado de mí!
¡Soy de mármol! ¡Suerte fiera!
Inmóvil el pie y el brazo...
¡Qué recuerdo!... ¡Ah! ¡Muerto soy!
Setiembre... siete... ¡Hoy es...! ¡Hoy
se cumple el horrendo plazo!
Y mi ciego desvarío...
¡Oh perdón!... Sángrame, sí.
Haz lo que quieras de mí.
¡Piedad!... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

MÉDICO

(A los CABALLEROS.)
Cuidadle. Vuelvo volando.

(Vase corriendo.)

Escena IV

EL REY. CASTRO. CASTAÑEDA. LEIVA. ROBLEDO. RUPÉREZ. CABALLEROS.

REY
¡Confesor!

CASTRO
Pues lo queréis,
el vuestro...

REY
No le llaméis.
Yo os lo ruego; yo os lo mando.
Cortesano, falso amigo,
sobrado indulgente fue;
¡y ahora que morir me ve
será inflexible conmigo!

ROBLEDO
Si Vuestra Alteza prefiere
un buen religioso...

REY
Sí;
que venga.

(Vase apresurado ROBLEDO.)

CASTRO
(Aparte a los dos CABALLEROS.)
¡No estar aquí
don Juan cuando el Rey se muere!

Escena V

EL REY. CASTRO. CASTAÑEDA. LEIVA. EL MÉDICO. LOS DOS CABALLEROS.

MÉDICO

(Trae una bebida que presenta al REY.)
Esta bebida tomad,
Señor, que acaso restaure
vuestras abatidas fuerzas.

REY
Sí, sí. Dámela al instante.

(La toma.)

Consuelo me da el licor.
Bien me sienta, bien me sabe.

(Lo apura.)

Mi espíritu se recobra;
más libre el pecho me late
y la esperanza halagüeña...
Jurara que mi semblante
se reanima...

CASTRO
Sí, Señor.

REY
¡Ah doctor! Eres un ángel.

MÉDICO
Dad, Señor, gracias al cielo
que por mi mano ignorante
os quiere fortalecer
en este terrible trance.

REY
No; ya no... Mejor me siento...
Ya es excusado que llamen
al confesor...

(El MÉDICO le pulsa.)

¿Eh? ¿Qué dices?

MÉDICO
Que temo no venga tarde.

REY

¿No digo que estoy mejor?
¡Qué empeño de desahuciarme!
Si esa bebida me alienta,
otra que tú me prepares
espero que en breves días
me restablezca y me sane.

MÉDICO

Señor, no basta mi ciencia
a curar un mal tan grave,
tan singular, que ni acierto
siquiera a calificarle.
Mal con que el cielo a los dos
quiere mostrar cuánto es frágil
la humana naturaleza
y cuán pequeño el alcance
del humano entendimiento.

REY

Mi buen doctor, tú no te haces
justicia. ¡A cuánto infeliz
de los brazos no arrancaste
de la muerte! Lo que hiciste
por cualquiera miserable,
¿no lo has de hacer por tu Rey?
¡Oh! Yo haré cuanto me mandes.
Si he sido hasta ahora indócil,
no culpes a mi carácter;
culpa a esa turba servil
que te calumniaba infame.

(Movimiento de indignación en los cortesanos.)

CASTAÑEDA

(A los otros aparte.)
¡Aprended!

REY

Sé generoso,
olvida injustos desaires,
y vuélveme la salud...,
¡la vida! ¡Sálvame, sálvame!
¿Quieres riquezas en premio
de beneficio tan grande?
Yo mandaré que a tu voz
se abran las arcas reales.

¿Ambicionas por ventura
honores y dignidades?
Yo haré que los ricos-hombres
te obedezcan y te acaten.
Tú no serás mi vasallo,
sino mi amigo, mi padre...
¡Ah!... La luz falta a mis ojos...
Otra vez... postrados caen...
mis miembros...

ROBLEDO
(Anunciando.) El religioso.

MÉDICO
Cortos son ya los instantes
de su vida, y Dios los pide.
Con su ministro dejadle
en libertad.

(ROBLEDO introduce a un fraile dominico por la puertecilla inmediata a la del dormitorio. El RELIGIOSO, cubierto con la capucha y con la cabeza baja, se para a muy corta distancia de la puerta.)

LEIVA
¡Desdichado!
(Haré que a su hermano llamen.)

(Todos se retiran por la puerta de la derecha. El RELIGIOSO la cierra.)

Escena VI

EL REY. EL RELIGIOSO.

REY
¡Morir! ¡No hay ya remedio ni esperanza!

RELIGIOSO
¡No! Dios te llama al tribunal eterno,
y, juez inexorable, en su balanza
los actos pesará de tu gobierno.

REY
¡Ay del que ha provocado su venganza!

RELIGIOSO

Y la muerte olvidaba y el infierno,
do no hay juez que se venda al depravado
ni púrpura que cubra su pecado.

REY

Presas de la ambición mi cetro ha sido.

RELIGIOSO

En sangre se tiñó de la inocencia.

REY

Consejos de un traidor me han seducido.

RELIGIOSO

¿Y nada te decía la conciencia?

REY

¡Perdón, Dios de bondad, y arrepentido
yo viviré en humilde penitencia!

RELIGIOSO

No aplaca ese terror al Dios que adoro
sino de ardiente contrición el lloro.
Si has de mentir al cielo, no le nombres.
Tanto vale ultrajarle maldiciente.
Engañar no podías a los hombres,
¿y engañarás a Dios omnipotente?

REY

¡Piedad! De mi flaqueza no te asombres.
Viva o muera, le adoro penitente.
Él te envía a salvarme y yo contrito...

RELIGIOSO

¡Él me envía a acusarte! ¡Sí, precito!
Mal hijo, mal esposo, rey cruento,
ya decretar tu pena al cielo plugo.
Por mí te acusa el pueblo descontento
que agobiado gimió bajo tu yugo.
Tus víctimas por mí con sordo acento
gritan: ¡execración, muerte al verdugo!
Por mí, cumplido el plazo que te asombra,
te habla de Carvajal la indulta sombra.

REY

Tal vez, ¡ay! si en mi pecho penetrara

esa sombra cruel se aplacaría;
¡y el ministro de Dios que desde el ara
a confortar mi espíritu venía,
en el trance mortal me desampara,
y tal vez me escarnece en la agonía!

RELIGIOSO

No soy quien me ha juzgado tu delirio.

(Descíñese el hábito y se acerca más al REY.)

Mírame bien.

REY

¡Gonzalo!... ¡Atroz martirio!

GONZALO CARVAJAL

No ha permitido Dios que tu cuchilla
abriese a tres hermanos una losa.
Aún late aquí, tirano de Castilla,
sangre de aquella raza generosa.

(Saca un puñal.)

¿Ves este acero que desnudo brilla?
Venganza le aguzaba rencorosa.
Yo, fiador de tu tremendo plazo,
la esperaba de Dios... y de mi brazo.

REY

(Moribundo.)

Clávamelo; no escondas el acero,
que no será..., cual mi dolor, impío.
¡Buen Dios!... Acoge mi pesar sincero...
¡Madre!... ¡Esposa!... ¡Hijo mío!... ¡Alfonso mío!...
¡Nadie me escucha!... Abandonado muero...
¡Señor, misericordia! En vos... confío...

(Logrando incorporarse y dirigiéndose a GONZALO, grita.)

¡Perdón!

(Da con el en el suelo, y apoya espirante la cabeza en el sillón.)

GONZALO CARVAJAL

Sí, desgraciado, que mi encono

contigo espira.

(En alta voz y con tono solemne poniendo la mano sobre la cabeza del REY.)

¡Rey, yo te perdono!

(Vuélvese a cubrir rápidamente, abre la puerta de la derecha y se desvía de ella.)

Escena VII

DON GONZALO CARVAJAL. DON PEDRO.

PEDRO

(Adelantándose a todos.)

¿Muerto...?

GONZALO CARVAJAL

(Mostrando el cadáver del REY.)

¡Mirad! Dios es justo.

(Desaparece por la puertecilla de la izquierda.)

Escena VIII

DON PEDRO. CASTRO. CASTAÑEDA. LEIVA. EL MÉDICO. ROBLEDO.
CABALLEROS. CRIADOS.

(Llegan todos apresurados. El MÉDICO reconoce el cuerpo.)

PEDRO

(Acercándose.)

¡Fernando mío!

MÉDICO

Ya es muerto.

PEDRO

¡Pobre hermano! ¡Con mi sangre
quisiera animar tu cuerpo!

(Los grandes forman dos corrillos, y hablan entre sí muy animados; CASTRO y LEIVA en el uno; CASTAÑEDA en el otro. DON PEDRO y el MÉDICO permanecen silenciosos al lado del sillón.)

CASTRO

(En voz baja a los suyos.)
Era un tirano.

CASTAÑEDA

(Aparte a sus parciales.)
Era un monstruo.

LEIVA

¿Y a un niño daréis el cetro?

CASTAÑEDA

Proclamemos a don Juan.

CASTRO

Demos el trono a don Pedro.

ROBLEDO

(Entrando.) A la puerta del palacio
se agrupa impaciente el pueblo...

PEDRO

(A LEIVA.) Traed el pendón de Castilla.

(Vase LEIVA corriendo.)

CASTRO

(Aparte a los de su bando.)
Rey se declara. Esto es hecho.
Yo a su lado...

(CASTRO y sus parciales se dirigen hacia donde está DON PEDRO.)

CASTAÑEDA

(Aparte a los suyos.)
¡Usurpador!...

PEDRO

(Tomando el pendón de manos de LEIVA, que
entra con él.)
Abrid el balcón, Robledo.

(Abre ROBLEDO el balcón, y DON PEDRO se acerca a él. Óyese sordo murmullo
de multitud curiosa.)

¡Pueblo! Don Fernando el Cuarto

murió. Dios solo es eterno.
Mas si Fernando no vive,
vive el Rey en su heredero.
A Dios, el alma del padre;
al hijo, el dosel supremo.

(Tremolando el estandarte.)

¡Real, Real, Castilla, Castilla
por don Alfonso el Onceno!